

# EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, JUNIO 3 DE 1896.

NUMERO 23.



Entre santa y santo. . . .

POR VILLASANA.



Política General.

RESUMEN.—LA GUERRA HISPANO-AMERICANA.—  
OTRA VEZ EL DISCURSO DE MR. CHAMBERLAIN.—  
LA LIGA ANGLO-AMERICANA Y EL EQUILIBRIO EU-  
ROPEO.—NUEVOS FACTORES Y NUEVOS PUEBLOS.  
—EUROPA ANTIGUA Y AMÉRICA MODERNA.—LAS  
MONARQUICAS TRADICIONALES Y LAS DEMOCRACIAS  
AMERICANAS.—RUMORES Y COMENTARIOS.—LAS  
NEGOCIACIONES DE PAZ.—LA GUERRA HASTA EL  
FIN.—CONCLUSIÓN.

En medio de la agitación constante y de la inagotable excitación en que se encuentran los ánimos por los sucesos de la guerra, en lugar de advertirse señales de una pronta solución y arreglo honorable entre las dos potencias beligerantes, llegan á la continua noticias que siembran nuevas alarmas, nuncios de futuros disturbios y ocasión de nuevos conflictos.

Desde que el H. Chamberlain, ministro de la Corona británica, expresó su opinión en ocasión solemne sobre la conveniencia de una alianza anglo-americana, la Europa entera se ha sentido conmovida ante esa unión que juzga casi una amenaza. Se ha discutido en todos los gabinetes, se ha analizado en los órganos más caracterizados de la opinión pública el alcance que pudiera tener esa alianza; unos censurándola, otros desatándose en notas laudatorias, convienen en que, si hasta ahora no es un hecho la liga formal de los pueblos anglo-sajones, si todavía no están atados por tratados expresos, existe entre ellos una comunidad de intereses y aspiraciones que, unidos á los vínculos de la raza y de la sangre, han de acabar por juntarlos estrechamente. Otros miran en esa misma comunidad de aspiraciones el germen de serias rivalidades y de inagotables competencias, que han de provocar en no lejano día su separación y alejamiento, si no llegan á crear hostilidades abiertas y franca concurrencia.

\* \*

Sea de ello lo que fuere y sin dejar de considerar esa alianza como posible, hay que ver, sin embargo, el recelo creciente y la zozobra en aumento con que se mira en el viejo continente el orto de una nueva y gran potencia, que viene indudablemente á cambiar, al formidable peso de su producción enorme, de sus potentes energías, de su ingente vitalidad, el equilibrio tradicional en que han vivido las naciones de Europa, juzgándose señores absolutos de todos los mercados, dueños de todos los continentes nuevos, dispensadores de la paz y creadores de la guerra, árbitros de la humana actividad, sin reconocer nunca rivales en los estados jóvenes que se levantan en América, recojiendo, á su entender, sólo los desperdicios de su civilización.

\* \*

De hoy en más, pese al orgullo secular de Europa, hay que atender no sólo á las maquinaciones de los gabinetes monárquicos, no sólo á los deseos é impulsos de los soberanos, que dominan más ó menos efectivamente las manifestaciones populares en los parlamentos, solo concedidas como válvulas de seguridad á la expansión creciente de las fuerzas nacionales; sino también á las decisiones y á las tendencias de las democracias americanas larvadas todavía, pero en hermoso y admirable génesis, desarrollándose cada día más vigorosa entre los pueblos neo-latinos, y espléndidas de poder, magníficas de grandeza entre los pueblos anglo-sajones.

No puede prescindirse con real ó finjido desdén de estas naciones del mundo de Colón, venidas ayer á la vida política, y sin embargo, mostrando ya á los ojos absortos del viejo continente, campos abiertos á toda la humana actividad, espacios serenos á todas las libertades, horizontes amplísimos á todas las aspiraciones. Imposible dejar de considerar, en la marcha general del humano linaje, siempre en pos de su perfeccionamiento y progreso, el papel que representan estas nacionalidades nuevas, no corroidas todavía por la polilla que ataca los viejos organismos sociales, jóvenes y vigorosas, que abren sus brazos de amor á todos los que gimen y padecen, que ofrecen sus campos dilatados á todos los que trabajan, y llaman á sí para acrecentar sus fuerzas vivas, á todos los que tengan fe en el progreso humano y á todos los que crean en la renovación de los pueblos y de las razas. De ahí vienen los estremeci-



General Nelson A. Miles.

mientos, de ahí las zozobras y recelos que sienten las viejas monarquías. Ayer era el Japón quien los causaba; hoy es Estados Unidos quien los provoca. Ayer era la raza amarilla, que en poco tiempo ha sabido asimilarse los elementos sanos de la civilización occidental; hoy es ese agregado heterogéneo, formado por la selección de razas diversas que constituyen la Unión Americana, quien crea esos sobresaltos y temores.

\* \*

Por eso á la unión anglo-americana que se anuncia, se opone una alianza franco-española, posible en nuestro concepto, pero en cuya realidad no podemos creer todavía; á la unión anglo-americana, agrégase por lo bajo la adhesión de Alemania, hecho que constituiría sin duda una agregación formidable, si llegara á existir, capaz de desafiar todas las combinaciones posibles.

Pero semejantes murmuraciones, nos parecen extemporáneas; creemos que no pasan de simples rumores sin consistencia positiva y sin una base en que apoyarse. La única cosa que puede afirmarse hasta ahora, sin temer una rectificación, es la simpatía que une á los gobiernos y los pueblos de la Gran Bretaña y los Estados Unidos: muy clara y manifiesta se ha visto en el actual conflicto, sin que por esto pueda acusarse al Imperio Británico, de haber violado las leyes internacionales de la neutralidad. Lo demás es la expresión de buenos y filantrópicos deseos, de los que quieren ver terminado á toda costa el actual conflicto hispano-americano.

\* \*

En estos mismos deseos se inspiran acaso los que atribuyen al embajador de España en París una misión especial, para solicitar la paz en nombre de la Monarquía española, por intervención de las grandes potencias. Semejantes gestiones estarían en abierta pugna con recientes declaraciones puestas en boca del señor Sagasta, presidente del gabinete español; estarían en contradicción con los hechos que provocan una crisis parcial en el mismo Gabinete, cuyo objeto al parecer ha sido activar las operaciones de la guerra, y estarían, por fin, en discordancia con la opinión general manifestada en las Cortes, que tienen oficialmente la representación del pueblo español, y están obligadas á velar por los intereses generales que se les han confiado.

No ha habido todavía ningún hecho de armas en el campo del combate que pueda decidir la contienda; nada hay que autorice á esperar una pronta solución, y los preparativos que se hacen por ambas partes, lo mismo en España, que trata de lanzar un empréstito cuantioso para los gastos de la guerra, que en los Estados Unidos, que autorizan créditos enormes y no calman la agitación febril en sus arsenales y astilleros, inducen á creer, que las negociaciones de paz desgraciadamente están todavía muy lejos.

¡Triste espectáculo para los que sólo anhelamos la humana perfección, por medio de las luchas incruentas del trabajo y de la idea!

X. X. X.

CRONICA CIENTIFICA

Transmisión eléctrica de imágenes.

Se transmite el pensamiento por medio de signos convencionales, que transporta la corriente eléctrica entre los puntos más apartados del globo.

Se transporta la palabra á centenares de kilómetros, no vá por medio de signos sino tal como la palabra es, con todas sus notas, con todos sus matices, con todas sus vibraciones.

Se transporta la fuerza por un hilo, como el hilo del telégrafo, y á cien y doscientos kilómetros de distancia van por el conductor, como pudiera ir un telegrama, ochenta y ciento ochenta caballos de vapor.

Ahora se anuncia un nuevo triunfo del fluido eléctrico: el transporte de las imágenes.

Cuando esto se consiga, no sólo podremos conversar con el amigo ausente, sino que estando nosotros en Madrid y él en Barcelona—pongo por caso—al mismo tiempo que nos hablamos nos veremos.

¡Verse y hablarse á quinientos ó seiscientos kilómetros de distancia! ¡Lo admirable, lo estupendo, lo inconcebible! Y no será por arte de magia ó por obra del diablo, sino por arte y por obra del hombre y de su genio inmortal.

Veremos á las personas queridas; veremos un espectáculo; veremos un paisaje, con lo cual habremos suprimido casi el espacio, al menos en nuestro globo, y seremos á modo de pequeños dioses terrenales que podremos estar con la vista y el odio en todas partes.

Pues bien; algunas revistas extranjeras anuncian la resolución de este problema: transporte eléctrico de imágenes. Y afirman que se ha constituido una Sociedad poderosa para dar al invento carácter práctico é industrial.

Dícese que el inventor es un pobre maestro de Viena; pero en cuanto á la invención, la Sociedad explotadora guarda gran reserva. Y en lo poco que se sabe hay algo que, á decir verdad, no es nuevo.

Hace ya muchos años que algunos ingenieros intentaron la solución del mismo problema. Y, si no recuerdo mal, en uno de los tomos de mi obra *Teorías modernas de la Física*, di cuenta de varias experiencias muy notables y de algunas ideas que en aquella época eran nuevas.

Fundábase el antiguo procedimiento en esta propiedad del selenio: la conductibilidad eléctrica de dicho cuerpo varía con la cantidad de luz que recibe.

En este mismo principio parece que se funda la nueva invención.

Constrúyase una especie de tablero de damas con trozos cúbicos de selenio, perfectamente aislados unos de otros: algo así como un mosaico.

Establézcanse gran número de conductores eléctricos, haciendo que cada uno pase por una casilla del tablero.

Hágase pasar asimismo, por cada conductor una corriente eléctrica.

Y sólo con esto, tendremos ya preparada la plancha receptora ó el tablero receptor de la imagen.

Porque, en efecto, si un espejo recoge y proyecta sobre el tablero cualquier imagen, la cabeza de una mujer, por ejemplo, las pequeñas piezas de selenio del encajillado general recibirán distinta cantidad de luz.

En plena luz estarán un s: en plena sombra estarán otras. Muchas solo recibirán una media tinta. Y estas sombras y estas luces formarán, como en la fotografía, por su variedad é intensidad y por su distribución geométrica, la imagen del objeto.

Pero si la cantidad de luz es distinta sobre cada casilla, su conductibilidad eléctrica será distinta también. Y las varias corrientes que por las casillas del tablero pasan, y que podemos suponer que al principio eran iguales, al encontrar en cada trozo de selenio distinta resistencia, cambiarán de intensidad: donde la resistencia sea grande, la corriente será pequeña: donde la resistencia sea pequeña, alcanzará la corriente mayor fuerza.

Y de este modo y en este manejo de conductores, la imagen primitiva se habrá convertido en una especie de imagen eléctrica, en que sombras y luces, con todas sus graduaciones, estarán representadas por corrientes eléctricas de intensidad distinta.

Será verdaderamente una imagen eléctrica, que va camtuando por unos alambres. Por unos irá el cabello con sus ondulaciones, sus sombras y sus luces. Por otros irán los ojos con sus puntos brillantes y sus pupilas azules ó negras. Por otros los labios sonrosados ó las suaves mejillas.

Una imagen dividida en pequeños pedazos tantos como pedazos de selenio comprende el cuadro general.

Un mosaico que se ha convertido en fluido eléctrico y corre por varios hilos.

Esto hacían en la primitiva invención los primitivos inventores; y algo de esto debe hacer el maestro de Viena; porque según parece, también emplea el selenio.

Pero se afirma que no solo recoge las sombras y las luces del objeto, sino también sus colores. Y esto sí que es verdaderamente nuevo. Cómo lo consigue, si es que en efecto lo consigue, nadie más que el inventor, y en todo caso, la Sociedad que explota la invención lo saben.

Queda un segundo punto, y es el de reducir el número de hilos; porque no es práctico mandar cuatro ó seis mil conductores eléctricos, uno por cada cuadro de selenio, desde la estación de partida á la de llegada.

En la invención primitiva, en la de hace muchos años, esto se conseguía por una pieza giratoria dotada de movimiento rapidísimo; uno de esos movimien-



## LA SEMANA

**SUMARIO.**—Dos dramas frustrados.—¡Qué toro hemos perdido!—Las niñas histéricas.—Su papel en sociedad.—Origen moral y social de la histeria.—Su curación.—Suicidios y homicidios.—La temperatura y el delito.

Los amantes de escándalos y acontecimientos de sensación, los reporters y los comentaristas de tabaquería, las gacetas de sociedad, que viven de llevar á sus amistades las espeluznantes noticias de crímenes, las historias *non sanctas* de fugas de solteras y de divorcios de casadas y los chascarrillos de todas procedencias que circulan en el mercado, están de duelo. Dos dramas, de Bouchardy el uno y de Pérez Escrich el otro, se les han frustrado quemando el pasto á sus comentarios atrevidos, á sus apreciaciones á la violeta y á sus máximas campanudas de moral: el de *La Huérfana Rica* y el de *La Joven Raptada* que estuvieron en el programa días pasados.

La huérfana rica ha resultado hija de sus padres y la joven raptada amante de su violador; una y otra se han valido de una estratajema atrevida y peligrosa, la primera para forzar el consentimiento de sus padres en una boda que no aprobaban, y la otra para explicar y disculpar un extraviado imputable al amor y disculpable por él. Aunque cronistas, nos alegraremos de que éstas, que son las últimas versiones, se corroboren y que en uno y otro caso el drama termine en boda, como las comedias de Calderón.

Si mucha repugnancia nos causaban las supuestos verdugos de una huérfana; más odioso, sin comparación, nos resultaba ese raptor audaz de una enferma, inconsciente, durante una crisis nerviosa, de la vergüenza á que se la condenaba y condenada á una irreparable y eterna desgracia, por obra del más criminal de los hombres, y ya nos aprestábamos á enristrar la pluma y á pedir justicia y castigo para los delincuentes, cuando nuevas versiones dan un giro más satisfactorio á esos asuntos y permiten esperar que ni en uno ni en otro caso tengan la Naturaleza y la Sociedad que avergonzarse de haber producido monstruos semejantes.

\* \*

Por una inevitable asociación de ideas pasa el espíritu de la hipótesis de que esos sucesos sensacionales son simples ardidés femeninos á la consideración de cuán frecuentes son esos dramas imaginados por mujeres y en los que no suele haber una sola escena verdadera, y con cuanta facilidad una perversión intelectual y del criterio moral, producen alarma en la sociedad, conmoción popular, desastres públicos y privados.

Son las mujeres nerviosas, y particularmente las histéricas, quienes tienen el *record* de la intriga, del chisme, del enredo, quienes suelen sembrar la desgracia en las familias, el dolor en los individuos y el escándalo en la sociedad. Las hay legendarias, dignas de la epopeya por el ruido que meten, por el tragín que traen, por el incesante mareo que provocan, por los crímenes de que se fingen víctimas, por los vicios y delitos que atribuyen á los demás, y porque traen al retortero á sus parientes, amigos y personas de estimación, á la prensa, á la policía, á la justicia, al clero, al ejército y á los partidos políticos. Una buena histeria caída en una sociedad apasible y tranquila, la pone en el acto en plena efervescencia y la hace fermentar, como un grano de levadura una cuba de malta.

Hubo una que dió en la cárcel sucesivamente con el alcalde municipal de su pueblo por atentados al pudor, con el juez de paz por tentativa de seducción, con su propio abogado por cohecho, con su notario por falsificación, y sabe Dios con cuantos más por diversos motivos; aquel pueblo, antes tranquilo y habitado por vecinos honorables y respetados, volvióse de un día para el siguiente un verdadero infierno, los matrimonios divorciaban á porrillo, los novios mejor avenidos quebraban, las mejor sentadas reputaciones venían por tierra, no había ya mujeres castas ni hombres honrados, ni funcionarios probos; y ella, la histeria, la autora de tanta calamidad, imperaba magestuosa, bellísima, interesante y admirada sobre aquel montón de escombros. De su solio vino á bajarla una junta de médicos que la recono-

ció, la declaró histérica y dió el hilo por donde se sacó el ovillo enmarañado de sus chismes, de sus calumnias, de sus maquinaciones, de sus intrigas y poco faltó para que la población la apedreara. Casados todos los veredictos condenatorios, rectificadas los hechos y expulsada la autora de tanto desastre, volvió el pueblo á recobrar su tranquilidad y el tren monótono, pero tranquilo de su vida comun despues de que estalló el aparato con que el Dr. Ox le inhalaba oxígeno.

\* \*

No todas las histéricas son de éste tipo; las hay como Luisa Michel petroleras por filantropía, otras, como Mad. Severine, son filantrópicas por espíritu revolucionario; las hay como Santa Teresa de Jesús, místicas, extáticas, poetisas inspiradas, y no faltan algunas, minadas por las enfermedades, aniquiladas por el dolor, siempre suspirando, gimiendo y llorando; y á la vez gordas, coloradas, mofletudas, que comen como lobos, duermen como marmotas y beben como lasquenetes.

Pero todas ellas tienen un vidrio de aumento en el espíritu; no hay para ellas ni enfermedad leve, ni suceso insignificante, ni dolor mitigado; todo lo ven y lo sienten grande, desmesurado, colosal; con una palabra se las asesina, con una mirada se las resucita, con un suspiro se las enamora, con una lágrima se las subyuga.

Aman como locas, odian como malvadas, proceden como heroínas, sufren como condenadas; sus nervios son una harpa eólica que vibra poderosamente al menor soplo de la brisa; toman actitudes trágicas para encargar el mandado, empuñan la aguja como una espada flamígera, caen en síncope á la vista de un ratón, las embriaga el perfume de una rosa. Visten con extravagancia y mal gusto: pelo suelto, larga cauda, gasas, crespones y flores; gastan ojeras y toman ácidos para palidecer.

Como hijas; son abnegadas y rebeldes, adoran á mamá y la r gañan; como amantes, son heroicas y cargantes, celosas é intransigentes, sublimes y ridículas; como esposas son pendencieras y leales, exigentes y tumultuosas, siempre desengañadas del marido y siembre buscándolo y rebuscándolo; como madres son idólatras y severas, consentidoras y regañonas; en sociedad son tan simpáticas como peligrosas. Son, en suma, una plaga y un encanto, una seducción y una amenaza; como el abismo atraen y hunden, como las sirenas subyugan y matan.

\* \*

Los médicos están de acuerdo en que la educación frívola, superficial, inconsistente de la mujer es la causa de esa peligrosa é importuna enfermedad. Hacer de la mujer una muñeca, no enseñarla á trabajar, poner en sus manos á Lamartine antes que á Ganot, enseñarle la música antes que la aritmética, llevarlas al teatro antes que á la escuela, exaltar en ella las pasiones antes que fortalecer el cuerpo y nutrir el espíritu, hacerla vivir por el corazón y no por la razón, codearla con los poetas antes que con los sabios y dar ocasión á que tenga novio antes que maestro, tal es el origen de esa sensibilidad enfermiza, de ese desequilibrio mental que se llama histeria.

En Inglaterra, en Alemania, en Suiza es donde se educa seriamente á la mujer, en donde se nutre bien, hace ejercicio, trabaja y estudia, la histeria y el neurosismo, en general, son menos frecuentes y menos graves. En España, Italia, Francia y la América latina es más frecuente, casi general, y reviste formas más alarmantes.

Los internados, la educación mística, literaria y artística, la fomentan; la vida de familia, la educación seria y la vida activa la precaven, la mitigan y la curan.

Oído á la caja! madres de familia que os preocupáis del bienestar de vuestras hijas. La histeria es siempre desventurada y no irradia en torno suyo sino desventura.

\* \*

La temperatura sofocante que ha reinado en esta primavera, comienza á producir sus naturales frutos.

Se ha observado que la criminalidad oscila en el mismo sentido que la temperatura, y sube y baja con el termómetro; se acrecienta en la primavera y el estío; y descende en el otoño y el invierno. Es triste pensar que la vida, la honra, la felicidad y el porvenir puedan depender de

un grado mas de Farenheit ó de Reaumur y que ilusiones, esperanzas, prestigio y fortuna estén comprendidos en el mezquino espacio que separa dos rayas del termómetro. Pero triste ó no, es el hecho que así sucede, y el criminal, si fuera instruido, á la pregunta: ¿Por qué mataste á ese hombre? no dejaría á menudo de contestar: Porque tenemos 32° grados á la sombra.

Tal parece en efecto, que así como bajo la influencia del calor asciende la savia hasta el retoño, lo hincha de jugos, hace fermentar los gérmenes y estallar en capullos y en frutos; así mismo hace hervir la sangre, fermentar las pasiones y las hace estallar en crímenes. Por una parte una mujer, que estrangula á su hijo, por otra dos suicidios, más allá una riña ó agresión mortal para un hombre distinguido y estimable: Juan M. Betancourt. luego... vaya usted á saber cuantas otras riñas, lesiones, homicidios, tal es el balance criminológico de la semana.

Betancourt cayó en Jalapa á los disparos de su adversario; agresor ó agredido, su muerte es lamentable por tratarse de un hombre distinguido, ilustrado, de gran talento, de carácter rectísimo y de gran porvenir. Tanto más cuanto que la riña brutal y sangrienta confinada en toda la República á las esferas oscuras y humildes y patrimonio exclusivo de las clases bajas del pueblo, ha invadido en ciertas localidades á las clases medias ilustradas y sensatas y que hace en ellas más estragos por tratarse, en general, de hombres más valiosos para la sociedad y por verse privada, de hombres más capaces de serle útiles.

\* \*

Dentro de la más estricta justicia la represión debe ser enérgica. Son, dígame lo que se quiera, las clases medias y altas las que tienen el deber moral de dar ejemplo de mesura, de ponderación, de virtud, de sumisión á la ley y á la autoridad. Mas claramente conscientes de sus deberes privados y públicos, más capaces de discernir el bien y el mal, mejor penetrados de la necesidad de respetar la vida y la propiedad ajenas y mejor dotados de medios, reprimir sus arrebatos y de refrenar sus pasiones, los hombres de cierta categoría social son más criminales cuando se olvidan, se ciegan y delinquen y el castigo debe ser para ellos más severo, en igualdad de circunstancias, que para el ignorante ó el pobre de espíritu.

El pueblo veracruzano es pasional, ardiente, irreflexivo; allí las pasiones son más impetuosas, los odios más vehementes, los rencores más profundos; allí se necesita para encauzar la conducta un dique más poderoso, para gobernar al potro impetuoso un freno mejor forjado, para tener en respeto al posible delincuente, una ley más dura. En tanto la propensión al delito, sea más enérgica, la represión debe ser más severa, si no se quiere verlo generalizado ó imperante, y es seguro, que penetrados de esta verdad los magistrados veracruzanos investigarán con imparcialidad, fallarán en justicia y si ha lugar, castigarán con inexorable severidad al delincuente.

El Estado de Veracruz es inmensamente rico y puede ser colosalmente próspero; pero una condición se impone para que cumpla los grandes destinos á que está llamado; que ya que la seguridad pública es satisfactoria, sea efectiva y real la seguridad privada, que pueda estarse igualmente al abrigo del asalto, lo mismo en el camino que en la ciudad; que no baste un pretexto fútil para que las manos se armen en lucha homicida; que todo el mundo esté seguro de disfrutar las libertades de conciencia, de emisión del pensamiento, de circulación, de uso y abuso de la propiedad legítima, sin temor á agresiones salvajes de adversarios políticos, religiosos, de prensa ó de negocios.

Y poca cosa se necesitará para reducir á la nada los casos de agresión y de riñas entre hombres cultos que, si no frecuentes, son allí menos raros que en el resto del país. Bastará en la escuela combatir las preocupaciones del falso honor que aún hoy imperan en aquel medio y castigar sin consideración y conforme á la ley á los delincuentes.

Logrado este objeto, y el último lamentable caso estimulará á ello, puede el Estado de Veracruz estar seguro no solo de figurar entre los más ricos sino también entre los más ilustrados y moralizados del país.

LOPEZ I.



## La mujer americana

No existe criterio más sólido relativo al valor moral de la mujer que el modo como interviene en esta terrible prueba que se llama el matrimonio. El matrimonio es el fin, el objeto, el destino de la mujer. Si vive es para esta función social, que constituye á la vez la tendencia de sus aspiraciones y el término de sus deseos. A esta función está preparada desde su infancia, no solo por la educación sino por el instinto; como, salvo muy raras excepciones su dicha conyugal es su obra, más aún que la de su marido tenemos el derecho de concluir que los hechos recogidos en pro ó en contra de la esposa ó de la madre redundan en contra ó en pro de la mujer.

Uno de los hechos que más llama la atención en los Estados Unidos es la extraordinaria frecuencia del divorcio. La ley del divorcio varía en su aplicación y en sus disposiciones de un Estado á otro. En los del Norte, donde el divorcio se obtiene fácilmente, la educación de las jóvenes no se parece en nada á la que reciben en los segundos, en los que la indisolubilidad del matrimonio no ha sufrido aún ningún ataque serio. Las jóvenes del Norte reciben en las escuelas que frecuentan una educación más pulida. Los ejercicios de *sport* tienen en ella un lugar importante, al igual que las ciencias más áridas como las matemáticas. En el Sur, las jóvenes están educadas á la europea; la coquetería florece allí como en París ó en Viena.

Las costumbres han obrado naturalmente en las leyes, que por lo demás no son más que una de las formas de expresión de aquellas. En todas partes en que el divorcio se ha convertido en un hecho familiar, se ha concedido más fácilmente; de tal modo, que los matrimonios mal avenidos de Estado en que existe la indisolubilidad conyugal, no hacen sino abandonar sus comarcas natales, para dirigirse á aquellas en que el divorcio es concedido ampliamente por los tribunales.

Así es como Dakota en donde las leyes sobre el divorcio son muy expeditas, es en extremo frecuentado por los deseos de romper los lazos matrimoniales. Un hecho que llama mucho la atención es que de 100 casos de divorcio 80 son intentados por las mujeres, lo que prueba que para la ruptura del lazo matrimonial, el papel del hombre en la América del Norte es perfectamente pasivo.

En semejantes condiciones, el matrimonio pierde toda clase de valor, y los mismos jueces lo consideran como desprovisto de interés. Hace poco tiempo una señora presentó una demanda de divorcio ante el tribunal de Brooklyn; el juez envió inmediatamente la demanda á un abogado que funcionaba como árbitro, quien instruyó la causa aquella misma tarde y rindió su informe al otro día por la mañana. El juez aprobó dicho informe inmediatamente y pronunció en seguida su fallo. . . . Todo había terminado en menos de veinticuatro horas.

En todos los casos análogos, que son muy frecuentes, se ve con claridad el poco caso que el americano hace del matrimonio, puesto que su ruptura es tan fácilmente concedida como obtenida. Este desdén influye en el matrimonio, y la celebración de esta ceremonia se convierte en un juego en que las mayores excentricidades se admiten con entusiasmo.

Los periódicos de Texas refieren que en Diciembre del año último, se celebró allí un matrimonio por telégrafo; los prometidos se encontraban en el fuerte de Hill, localidad en que no hay ni magistrados ni ministros de la religión. Se dirigieron al juez del condado por telégrafo, el que les contestó por la misma vía declarando su unión.

En cuanto á excentricidades he aquí algunas de ellas:

Cerca de Lexington en Kentuchi se celebró un matrimonio en la cima de una montaña muy elevada; inmediatamente otra pareja de la misma ciudad, decidió celebrar el suyo á una gran profundidad de tierra, trasladándose á la gruta de Mammoth, en compañía del pastor y de los invitados.



LOS TUMULTOS EN MILAN

En Indianopolis un actor y una cómica se casaron en la escena durante la representación de una pieza, el matrimonio se había anunciado en el cartel, como un atractivo de espectáculo.

En Chicago un espíritu tiene la especialidad de los matrimonios por medio de los espíritus: cualquiera puede casarse con intervención del espíritu de Jesucristo ó de Mahoma, á su gusto.

Una multitud considerable se encontraba reunida en la Iglesia de Mont Hope para asistir al matrimonio de Julián Shearer con Miss Moran. En el momento en que comenzaba la ceremonia Shearer cayó muerto á la ruptura de una aneurisma. Entre los asistentes se encontraba un joven llamado Guillermo Langley que había cortejado á Miss Moran, pero á quien la joven había rechazado por casarse con Shearer. En medio de la confusión causada por la muerte de éste, Langley se aproximó á la joven y la propuso que se casase con él en lugar del difunto. La joven consintió, y las ceremonias del entierro y de la boda tuvieron lugar al mismo tiempo.

—¿Que puede ser una familia constituida por matrimonios anulados de un modo tan grotesco y desatados con tanta facilidad? Nada sólido ni edificante por cierto.

En Europa, en los países de más diferentes costumbres, en Francia, como en Inglaterra, en Alemania como en Italia ó en España la joven está minuciosamente preparada, desde su infancia á la gran función social que debe llenar un día.

La familia se preocupa ante todo por perfeccionar su educación y la madre la vigila con un cuidado á veces exagerado en los Estados Unidos por lo contrario la joven carece de educación. El jefe de la casa no tiene tiempo de ocuparse en lo que pasa en ella. Se ausenta del hogar desde muy temprano y vuelve muy tarde, fatigado, con la cabeza llena de las cifras á que ha pasado revista durante el día y las especulaciones que ha realizado y las que medita realizar.

¿Qué le importa lo que haga la hija? El paga su instrucción y á los maestros corresponde ésta tarea. A menudo ignora las cantidades gastadas por la se-

ñora y por la niña, en las atenciones de la casa y en las personales.

Los pedagogos franceses han hablado con admiración de los colegios de jóvenes americanas y no han dejado de tener razón. Los estudios son en extremo fuertes y se inicia á las alumnas de un modo magistral en los ramos más abstractos de los conocimientos humanos. Pero estos establecimientos parecen haber sido creados más bien para las jóvenes que desean obtener de su instrucción resultados prácticos: hacerse doctoras ó profesoras. Si los estudios son brillantes, la educación es muy mediana. Se enseña á fondo la química, la física la matemática, pero muchas de estas jóvenes laureadas, rellenas de todas las materias del programa, son de una gran ignorancia en los hechos más elementales de la vida doméstica.

Así pues las atenciones del matrimonio, que son el orgullo y la preocupación constante de la mujer europea no inspiran á la americana más que una suerte de repugnancia que no se toma el trabajo de disimular.

Y en esto pueden presentar una excusa plausible: no trata de convertirse en mujer de hogar, sino que pretende poder bastarse á sí misma en la lucha por la vida, y sería perder el tiempo consagrarse á tareas de costuras y cocinas.

Pero la joven educada en familia y que cuenta con un marido para proveer á su subsistencia ¿qué razón podría dar en pro de sus hábitos de ociosidad? Si sus conocimientos como ama de casa son nulos, su instrucción general, aun en las familias más acomodadas es á menudo de las rudimentales.

No lee, no cose, ni aun piensa muchas veces; la toilette y el *flirt* son sus ocupaciones exclusivas. Alentada á la coquetería por el amor propio materno, cuenta con su elegancia para seducir al príncipe millonario que le dará algún día el derecho legal de introducir sus manos en una caja respetablemente llena de dollars para satisfacer sus gustos de lujo.

Puédese definir á la mujer americana como una especie de anarquista mental, enemiga de toda regla, de toda disciplina, de toda contrariedad: sus placeres son sus únicas leyes. Fáltanla en efecto, dice un publicista americano, aquellas tradiciones que son el privilegio de las razas antiguas y de las viejas civilizaciones. La sangre corre por sus venas en una mezcla de todas las sangres diversas, azules ó encarnadas, de la antigua Europa. Se ha dicho con razón que es el producto natural de la democracia experimental.

La americana es una niña mimada que considera su personalidad como la única cosa realmente importante que existe en el mundo. Así, cuando reconoce que el hombre á quien ha unido su suerte, no tiene las cualidades que pensaba encontrar en él, se apresura á abandonarlo y á volver á comenzar su vida. La resignación le es desconocida como la religión que la inspira. No va á buscar al templo el consuelo de la oración, sino á los admiradores de su vestido nuevo ó de su vestido inédito.

El pasado no la importa y el presente tampoco la preocupa, no piensa más que en el porvenir y en un porvenir enteramente propio. Tiene el egoísmo inseparable de su estado anarquista y salta buenamente por encima de todos los prejuicios sociales, cuando su impaciencia se lo dicta. Las hijas de los millonarios que llevan á las nobles familias europeas el dinero suficiente para volver á dorar sus blasones, no tardan en lamentar el haber perdido su independencia en las manos de un marido imbuido en las viejas tradiciones de familia, y á menudo abandona ruidosamente un hogar que pugna con sus gustos y su educación.

Pero para ser verdaderamente imparcial con la mujer americana, debemos también mencionar todos los hechos consoladores que atestiguan la redención femenina en un porvenir muy cercano.

Al lado de las jóvenes pertenecientes á las clases ricas, educadas en los establecimientos á que nos hemos referido, todos los años salen por millares de las



tos vertiginosos á que ha conseguido llegar la industria moderna. Y esta pieza giratoria iba poniendo en comunicación los centenares de hilos del cuadro de selenio con unos cuantos conductores generales en número reducido. De suerte que las corrientes no marchaban todas á la par, sino por turno: pero un turno tan breve como el que exige la persistencia de la sensación en la retina. Una cosa así sucede en el cinematógrafo en cuanto á la persistencia de la sensación.

Respecto á este punto, nada se dice en las revistas extranjeras y nada se sabe. Queda, finalmente, el aparato receptor: el de punto del llegada.

Los ingenieros inventores á que antes me refería, ó no resolvieron ó resolvieron mal este problema. El modo de convertir la totalidad de las corrientes eléctricas diferenciadas en una imagen total, era por toda manera imperfecto.

Puede decirse que el aparato receptor se componía de un conjunto de pequeñas lámparas, establecidas en un cuadro que se correspondía geométricamente con el cuadro de selenio. Y las lámparas daban más ó menos luz, según la intensidad de la corriente que á ellas llegaba, un cristal deslustrado fundía todas estas luces parciales unas en otras.

También empleaban obturadores de luz ó pantallas puestos en movimiento por cada una de las corrientes.

Medios todos inaceptables, y que si resuelven el problema en teoría, no lo resuelven seguramente en la práctica, á menos que no hayan sufrido grandes modificaciones, de las que no tenemos noticias.

El inventor moderno, según parece, acude á otro sistema. Emplea prismas de cristal que descomponen la luz, como es sabido, en los siete colores del iris. Estos prismas de cristal giran más ó menos, según la intensidad de la corriente y proyectan unos ú otros colores en las casillas de un cuadro general.

Sin duda, por esto afirma el inventor que no sólo transporta la imagen con sus sombras y sus luces, sino también con sus colores propios.

Aunque la noticia es muy vaga, no cabe duda que aquí hay una idea. Y ¡quien sabe si el maestro de Viena habrá realizado un prodigioso descubrimiento! Descubrimiento tal, que pondría término glorioso en el terreno de la ciencia y de la invención al siglo de la máquina de vapor y del dinamo.

JOSÉ ECHEGARAY.

### El libro y el periódico

Mr. James Bryce sostiene que ya no hay quien lea libros porque todo el mundo lee periódicos. Después de todo, esta doctrina es consoladora... para los periodistas.

Es notorio que desde hace algún tiempo los negocios de librería no prosperan en Inglaterra, y al lanzar su tesis Mr. Bryce, parece que fué su objeto consolar á los comerciantes en libros, poniéndolos al mismo tiempo en camino de aprovechar la lección.

Pero ¿qué partido pueden sacar los libreros de esta situación? Si realmente la decadencia del libro procede del auge del periódico, es de suponerse que la causa será permanente, porque es improbable que el público deje de leer periódicos,—más que improbable,

imposible. El apetito crece con la satisfacción que recibe.

En algunos países se ha desarrollado en tales proporciones el gusto por el periódico, que algunos y aún muchos, leen periódicos que no dan noticias.

Más todavía: son muy leídos los periódicos cuyas noticias son en su mayor parte puras invenciones.

Lo saben, ó mejor dicho, ignoran cuando la noticia es verdadera y cuando fábrica de mentiras, y sin embargo, las leen, sin tomarse el trabajo de analizarlas. Esta disposición de espíritu es ya una enfermedad.

La fiebre del noticierismo es tal, que la sed que produce con nada se sacia.



Estátua ecuestre del General González Ortega, en Zacatecas.

La generalidad de los que leen habitualmente, no está en condiciones de leer todo lo que se escribe. Disponen de cierto tiempo y una suma dada de energía mental para la lectura, y natural es que si consumen ese tiempo y agotan esa energía en leer periódicos, de nada servirá que tengan libros á la mano: no los leerán.

En este orden de consideraciones huelgan los consejos de algunos publicistas que desearían sobre todo en los Estados Unidos, que abaratase el precio de los libros. ¿Y para qué si ni aún baratos los compraría el público?

Pero no hay que extremar la verdadera situación: sin negar en lo absoluto la tesis de Mr. Bryce, puede afirmarse que ni el libro mató al monumento (Victor Hugo), ni el periódico mataría al libro.

Ciertamente la generalidad de los alfabetos no tendrá tiempo ni humor para leer otra cosa que periódicos,—y no la parte seria de éstos, sino sólo la que trae noticias, por absurdas que sean, y mientras más absurdas mejor; pero un buen número de los lectores de periódicos hallarán en ellos la ocasión y el estímulo para otras lecturas más substanciales.

El periodismo pervierte y contrahace el espíritu, pero esto sólo puede decirse del mal periodismo, y en todas las naciones,—aún en las menos favorecidas por la cultura intelectual,—hay perdidos entre la masa enorme de periódicos que corrompen la opinión pública algunos que la educan y no faltan tampoco los que saben ilustrarla.

Esto es lo que no quieren ver los pesimistas.

### Un esqueleto de Mammouth

Hasta hoy los museos no habían logrado procurarse un esqueleto íntegro de mammoth, ni siquiera un craneo entero, que pudieran darnos una idea precisa de ese animal antediluviano.

Viajando por la Península de Imala, en el país de los Samoyedos, M. Nosilow, redactor de un periódico ruso, supo que dos años antes los indígenas habían encontrado un mammoth completo.

El animal es enorme. Se había deslizado de una colina minada por el río Jouribei y conservaba aun la piel y la lana.

El mammoth estaba todavía á últimas fechas tendido á la orilla del río, sin que le faltara aún ninguna parte del cuerpo, pues un indígena que quiso mutilarlo no consiguió su intento por la extraordinaria solidez del valioso animal.

De todos los sentimientos la admiración es el que ilumina más nuestra vida.

VALLERY RADOT.

### Caridad

Huelgan explicaciones sobre la ilustración artística del número de hoy.

El mérito de ella es indiscutible, y tanto el asunto, como la composición y el dibujo, que revelan la maestría del artista, hacen de esta obra un cuadro de primer orden que con justicia ha llamado la atención de los inteligentes.



Vista panorámica de Zacatecas



Sabido es que no hace muchos días, varios buques europeos infringieron en New York los reglamentos del puerto, alterando sensiblemente la instalación de las defensas submarinas. En vista de esto, se dió orden á los buques de guerra para que vigilaran la entrada de la Bahía, disparando sobre las embarcaciones que se desvían de las canales de libre tránsito.

**NUESTROS GRABADOS**

**Los tumultos de Milán.**

Atribúyase al socialismo ó al partido republicano, dénese por explicación los sentimientos de antipatía hácia el Austria ó el deseo de un régimen más conforme con el espíritu de autonomía local, el hecho es que un estado de agitación como el que reina en Italia obedece á causas múltiples; pero todas ellas actúan y se robustecen bajo la impulsión de este supremo instigador: el hambre.

Milán no es una ciudad pobre; su industria y sus progresos la colocan en la categoría de las capitales florecientes de Europa. Hay en ellas miserias como en todos los grandes centros, pero no las miserias generales y de proporciones espantosas que hacen de Sicilia y Calabria tierras de crimen y maldición. Y acaso por su relativo bienestar ha podido Milán recoger los gritos desesperados de los hambrientos, concertar en un movimiento político las reivindicaciones de los miserables y formular en un programa la aspiración de todos: vivir.

El movimiento, político ó socialista, fué un fracaso, y el fracaso una hecatombe. "El gobierno había tomado serias determinaciones. El General Bava, comandante de Milán, tenía facultades omnimodas; proclamóse el estado de sitio y la ciudad fué ocupada militarmente. El movimiento revolucionario estaba organizado en un plan de convergencia de los barrios al centro de la ciudad, para reunirse en la Plaza del Domo; pero, la tropa cortó el paso á los amotinados y en vez de avanzar levantaron barricadas, saquearon las viviendas, desempedrarón las calles, y cuando era preciso ceder, la inerme multitud se guarecía en los tejados ó interponía para su defensa la barrera de un incendio. El General Bara, enloquecido por la resistencia, agotados los medios inofensivos de represión, dispuso la artillería en línea de combate y qué combate igualará ese duelo trágico, entre la metralla infalible y la chusma impotente que dejó en las calles centenares de muertos?"

El episodio de Milán tuvo el único desenlace posible: quedó dueña del campo la legalidad victoriosa; pero ¿qué fuerzas habrá bastantes á debelar un pueblo que pide pan y no encuentra ni mieses en los campos ni trabajo en los talleres ni recursos para emigrar, ni resignación para dejarse morir?



**EL HAMBRE EN CUBA**

Nada detiene, nada refrena los impetus "del dictador despótico y terrible que se alza con la boca abierta y los puños crispados, y á quien ni se satisface con laureles, ni se desagravia con discursos, ni se ahoga con silencios. Ese dictador es S. M. el hambre."

"Ese caudillo trágico que tiene la desesperación por guía y el calabre por banderín de enganche, se dispone á dar la batalla. No hay cuidado de que le falte ejército, ni lo hay tampoco de que su ejército flaquee ó le traicione. Cada entraña que se contrae inútilmente, buscando alimentos que exprimir, es un recluta; cada día en ayunas, un estimulante, cada basca angustiosa un juramento de fidelidad. El tirano conoce el oficio; lleva á los hombres en pos de sí, no sujetos por el corazón, engarfiados por el estómago, y si el corazón retrocede en sus entusiasmos, el estómago no retrocede en sus apetitos."

"El entusiasmo puede extinguirse con la derrota; el hambre, no; el que pelea por la gloria, cuando es vencido, capitula; el que pelea por la vida, apenas pierde una batalla, presenta otra más formidable."

"S. M. el Hambre no lo ignora. Sabe que le basta presentarse para levantar sus legiones cubiertas de harapos. No necesita plan estratégico para conducirlos. Les grita señalando á este ú otro sitio. "Ahí está el pan que os hace falta;" y hacia allí embisten los hambrientos con el impetu ciego de la fiera que ventea su presa, son la irresponsabilidad salvaje del animal que quiere comer....."

**Entre santa y santo.....**

El noviazgo oficial!... Este grabado no necesita explicaciones.

Quien haya pasado por esas erdalias sabe ya lo bastante para que avivamos cruelmente sus recuerdos y los que aún ignoran las delicias de la visita oficial, despues sabrán por la experiencia lo que sugiere á los iniciados la escena agri-dulce que aparece hoy en nuestra primera plana.

**[El General Nelson Miles**

Este distinguido jefe del ejército americano llama la atención pública en los actuales momentos, y á ese título damos en este número su retrato.

Larga y honrosa ha sido la carrera militar del Gral. Miles y á esos brillantísimos antecedentes debe la posición que ocupa como jefe de operaciones de un importante cuerpo de ejército de los Estados Unidos.

**Descubrimiento de la Estátua del General González Ortega.**

El pueblo zacatecano ha erigido un monumento á la memoria del General González Ortega, y el 15 del mes pasado, celebró con ocasión del descubrimiento

de la estátua que aparece en nuestro grabado, una fiesta cuya significación nobilísima aplaude con entusiasmo el patriotismo.

Hay hombres que nacen para la popularidad: saben ganarla con triunfos y afianzarla con derrotas: los acaricia cuando son poderosos, y los sigue al destierro, y los envuelve con su protección en el infortunio; la muerte misma los perdona, pues para ellos no hay olvido, ni ingratitud, ni desapasionamiento en la posteridad. Formada en el éxito ruidoso, su gloria surge hecha leyenda de la tumba en que duermen.

El General González Ortega se vió aclamado como un semi-dios de la República y probó todos los reverses de las grandes caídas; pero fué siempre un idolo popular, un magnetizador de las multitudes para las que era su nombre, emblema de esperanzas y poderoso evocador de guerreros entusiasmos.

**•Vista de Santiago de Cuba**

Justamente al mes de haberse librado la batalla naval de Cavite, las aguas de Santiago de Cuba han sido teatro de la primera acción de alguna importancia en los mares antillanos.

El mundo entero sigue con ansia el curso de los acontecimientos que encontrarán, tal vez, solución en el resultado que tengan los planes de los jefes adversarios que se acechan frente á Santiago de Cuba.

**El hambre en Cuba**

Al romperse las hostilidades entre los Estados Unidos y España desvaneciése como la imagen de un cinematógrafo el antes formidable ejército cubano. Y aún muchos, irónicamente se preguntan si hay en Cuba un verdadero ejército insurrecto.

Y sin embargo, de los horrores de esa revolución nos habla España con sus inmensos sacrificios; la Isla con sus riquezas esterilizadas. Y la cruel reconcentración también presenta como luctuoso testimonio de la guerra insurreccionista, á un pueblo moribundo.

En nombre de ese pueblo lucha contra España la Nación del Norte ¿obra por móviles de humanidad?

Europa lo niega enfáticamente, y Europa tiene razón para ser escéptica porque la palabra *humanidad* no despetió sino inútiles protestas y deseos platónicos cuando pedían reparación trescientos mil asesinatos la Armenia.

**Tipos cubanos**

Más que la guerra hacen de actualidad los tipos cubanos de nuestros grabados los "Bufos habaneros," que en breve actuarán en el Circo Orrin.

Nuestro público olvidará por unos días los acontecimientos tristísimos de la cuestión hispano-americana para presenciar y comentar los trabajos de los Bufos de la Habana.

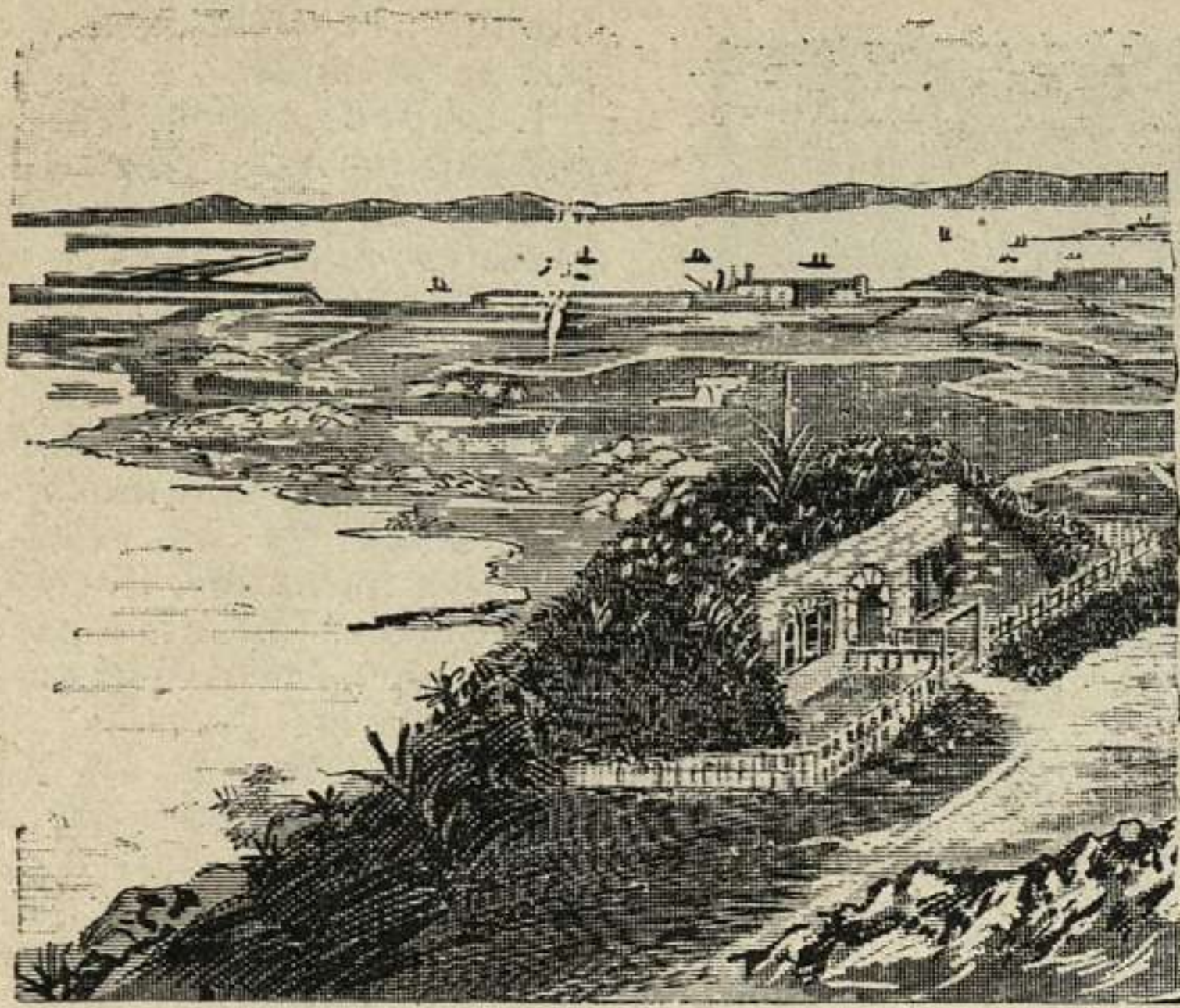


Tipo cubano



Tipo cubano





UN PUESTO DE TORPEDOS

Universidades, muchachas provistas de un respetable bagaje de conocimientos y dispuestas al ejercicio de las profesiones liberales.

Entre estos grupos se va formando una familia que contrasta con la de las otras clases.

Las estadísticas de 1896-1897, nos hacen saber que antes de dejar las Universidades se casan la mayor parte de las mujeres que á ellas concurren. Las demás no tardan en seguir el mismo camino, aún á las que se dedican al profesorado. Esto se explica muy fácilmente. puesto que cualquier hombre que no ha hecho todavía fortuna, y que por consecuencia vacila antes de casarse con un objeto de lujo ruinoso, como las jóvenes á que hemos aludido anteriormente, se considera feliz al unirse á una colaboradora de su trabajo, que contribuya á los gastos y presupuesto conyugal.

Los tribunales americanos cuentan en este momento 120 abogadas y ocho mujeres figuran entre los jueces de la Suprema Corte.

El último censo nos hace saber que cerca de 5 000 mujeres están incluidas entre los funcionarios de diversas categorías; la literatura cuenta cerca de 3,000 representantes del sexo femenino, y el periodismo 888 redactoras.

Una Asociación de las antiguas alumnas de los establecimientos universitarios, que cuenta doscientos miembros, todas provistas de diplomas, acaba de publicar una estadística acerca de las funciones que desempeñan las asociadas. De los datos que allí se presentan resultan que de 461 mujeres que contestaron al cuestionario, 169 son profesoras, 47 bibliotecarias, 28 estenógrafas, 22 enfermeras, 19 periodistas, 19 colocadas en diversos empleos. Entre las demás hay una artista, una agente de anuncios, una astrónomo, una agente de compañía de seguros, una química, varias telegrafistas bibliotecarias y correctoras de pruebas de imprenta.

\*\*

Si la mujer americana repugna en ocuparse por sí misma en asuntos de la casa, en convertirse en la mujer del hogar, ha encontrado cuando menos el medio por su trabajo, sea de vivir independiente ó de aportar un elemento serio á la prosperidad material de su matrimonio.

La misma estadística á que acabamos de aludir nos indica los sueldos que tiene el derecho de esperar una mujer americana. En efecto: un 78 p<sup>o</sup> más de las tres cuartas partes de las mujeres que han contestado á las preguntas del cuestionario, ganan lo suficiente para bastarse á sí mismas: una tercera parte del número total gana de 50 á 75 pesos mensuales; una sex-

ta parte de 25 á 50 pesos. otra sexta de 75 á 100 pesos y por último la última tercia parte de cien á doscientos pesos.

Cada día se ve aumentar en los Estados Unidos esta legión intelectual femenina, marcando el camino que conduce á la verdadera emancipación de la mujer. La elevación del alma por el trabajo y la elevación moral por la educación conducirá á la mujer americana á un brillante porvenir.

### DEFENSAS SUBMARINAS

Los últimos acontecimientos y algunos que todavía pueden desarrollarse en la presente contienda naval, requieren para su exacta inteligencia cierto conocimiento. siquiera sea somero, de la organización defensiva de las costas. Efectuábase esta organización por medio de torpedos y se la designa en la moderna ciencia de la guerra con el nombre de defensa submarina.

En los puertos militares, á cierta distancia de la rada y á la orilla del mar puede verse una casita de aspecto singular. Fórmala una sola fachada, muy baja, que mira á tierra: las partes laterales y la posterior así como el techo desaparecen bajo un montículo cubierto de vegetación, que del lado del mar en nada se diferencia de las sinuosidades y protuberancias circunvecinas.

En la parte más alta del mantículo, entre los iris y cardos que lo cubren, hay un arbusto extraño, una especie de espino, que muy de cerca se vé que está hecho de barras metálicas y puntiagudas como si fueran muchos para rayos agrupados. Es efectivamente un para-rayo preservador.

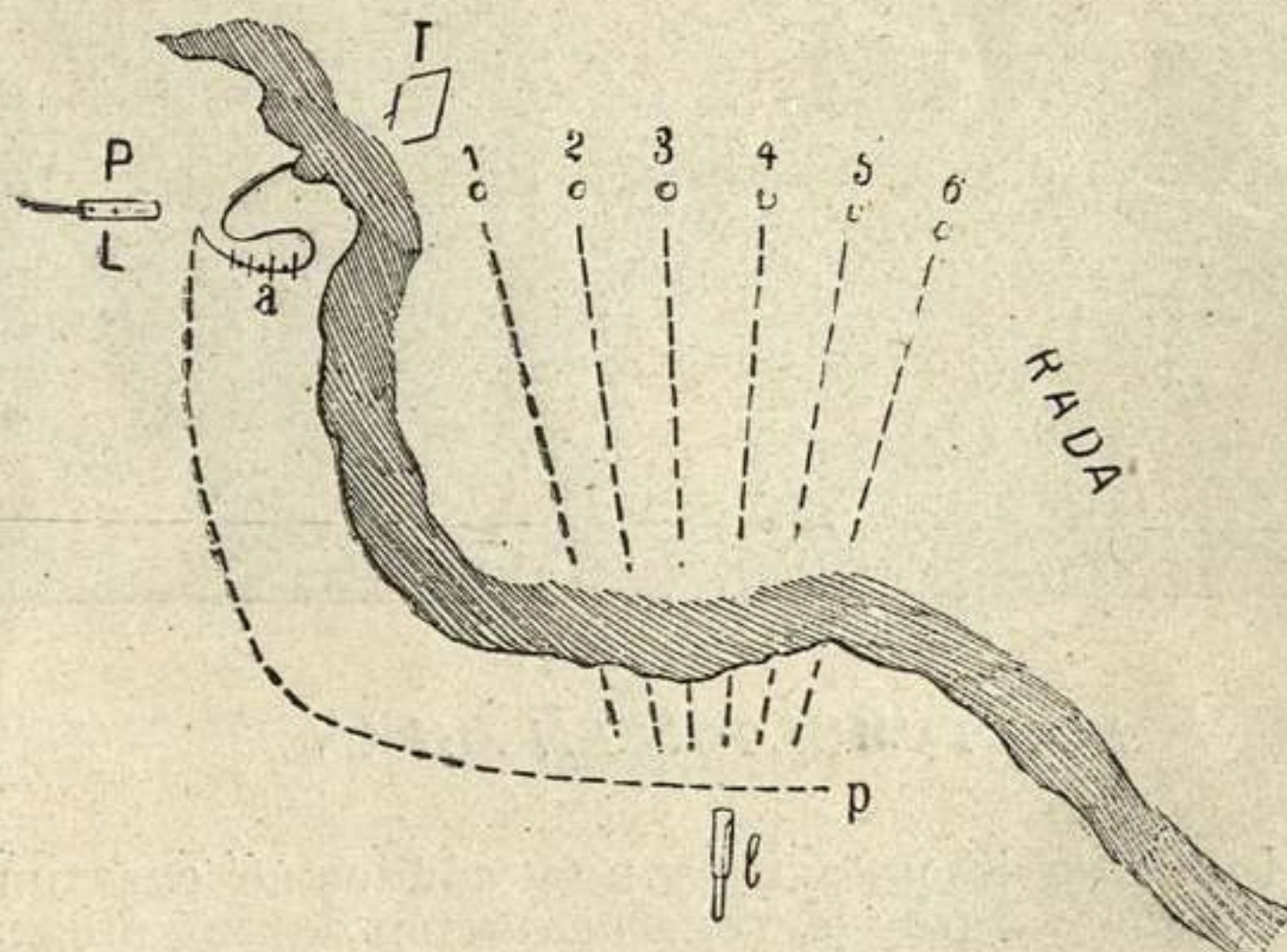
¿Qué hay detrás de la fachada blanca de la casita? Al trasponer la única puerta de entrada vemos dos piezas hechas á lo ancho de la casita: la primera nos hace el efecto del clásico cuerpo de guardia. La siguiente es algo más complicada.

En la muralla del fondo, á través del talud de tierra vegetal que lo oculta exteriormente, hay estrechas aberturas, de forma rectangular, dispuestas en el sentido longitudinal y enfrente de las aberturas en un soporte que ocupa todo lo ancho del cuartito, aparatos complicados de precisión cuya pieza principal es un anteojo marino en el mismo plano de la tronera.

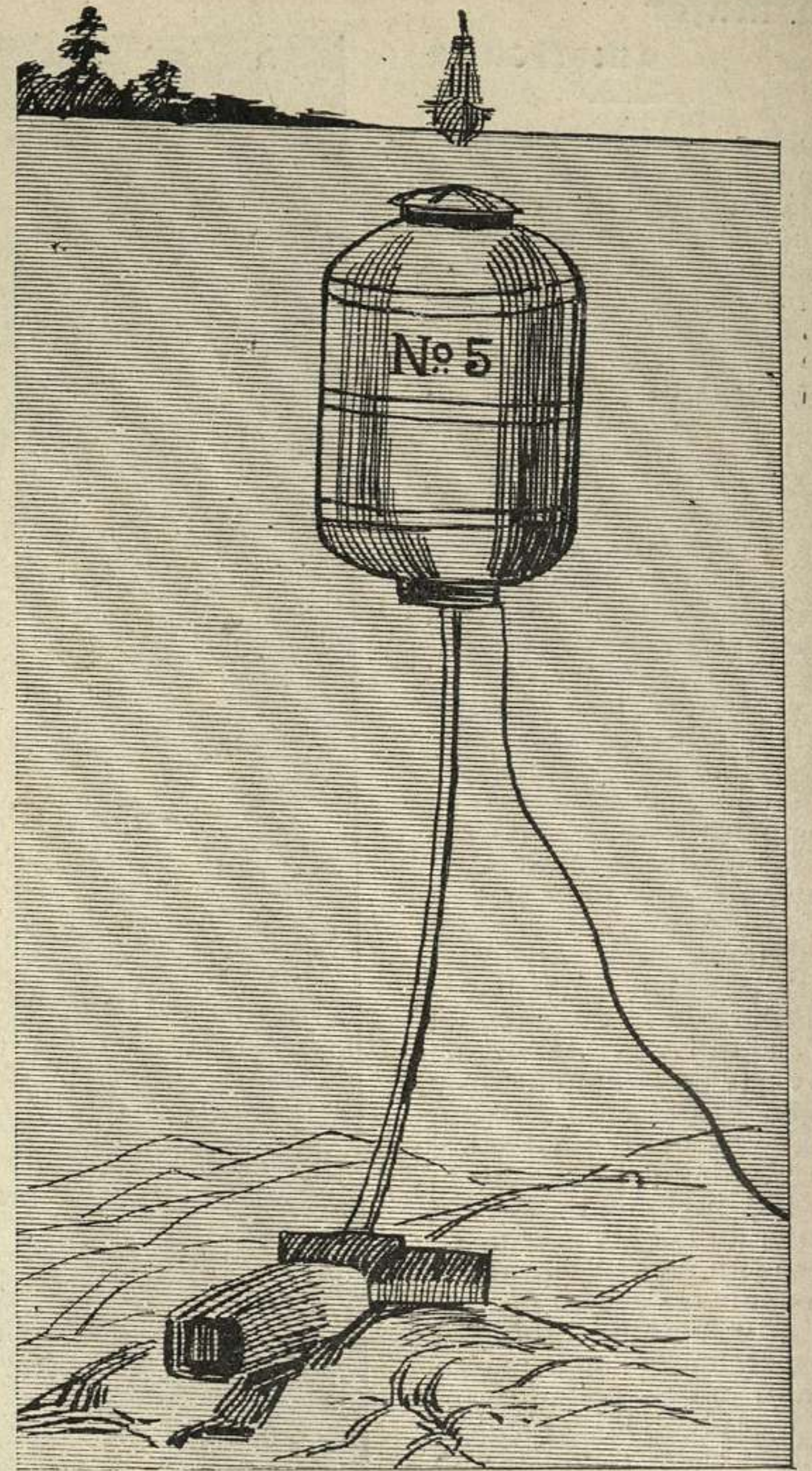
Los muros están cubiertos de una malla de hilos eléctricos protegidos con envolturas de seda de diversos colores.

En uno de los ángulos hay un teléfono, más allá una mesa con un aparato telegráfico.

Estamos en un puesto de torpedos; algo como un depósito que almacena el rayo, la tempestad y la muerte.



P Puesto interior.—p. Puesto interior.—L y l. Anteosojos.—A Pila.—7. Placa de tierra sumergida.—1, 2, 3, 4, 5 6. Torpedos.



Mina submarina

\*\*

Estos puestos de torpedos son factores importantísimos de la defensa fija y la defensa fija es la parte de las defensas submarinas que protege los pasos que dan acceso á la bahía.

Empleanse torpedos de fondo y torpedos vigilantes. Estos son, por decirlo así, automáticos; se hallan inmersos en una línea que ampara la entrada del paso, y en la noche se ponen en comunicación con una pila. Cuando los toca un buque, la inclinación que les imprime cierra el circuito eléctrico y hacen explosión. Este es el motivo porque se les emplea sólo en los lugares á donde no llega la marea.

\*\*

Más complicada es la maniobra de los torpedos de fondo. Colócase en una línea recta á través del paso que se quiere defender, espaciándolos á distancias de treinta metros próximamente, de tal suerte que toda embarcación que entre á la rada tenga por fuerza que franquear esa línea.

Los torpedos están numerados del 1 al x, porque cada uno de ellos se une aisladamente, por medio de un hilo, al puesto situado en la costa en un punto tal que coincida con la perpendicular tirada sobre la mitad de la línea de torpedos. Este es el puesto interior.

Hay otro puesto en otro lugar de la costa y situado sobre la prolongación de la línea de torpedos. Es el puesto exterior y en él se encuentran las pilas destinadas á producir la explosión.

Los dos puestos están unidos entre sí por un hilo llamado hilo de inflamación.

\*\*

El circuito de cada torpedo se forma por la pila del puesto exterior, una placa de tierra sumergida en el mar, cerca del puesto, el mar, el torpedo, el hilo particular que une á éste con el puesto interior y el hilo de inflamación.

En el puesto exterior hay un anteojo fijo, exactamente dirigido sobre la línea de torpedos, y en el puesto interior hay otro anteojo móvil que puede dirigirse á todos los puntos de dicha línea.

Se presenta un buque enemigo: el puesto interior dirige sobre él su anteojo. Supongamos que la visual pasa por el torpedo número 3, inmediatamente se cierra el circuito del torpedo 3.

Avanza el navío: desde el puesto interior lo sigue el observador, manteniendo cerrado el circuito del torpedo cuyo plano ha de pasar, avisando al puesto exterior el número del torpedo.

Al atravesar el navío la línea torpedera, es decir, cuando llega al campo visual del anteojo fijo del puesto exterior, en el momento oportuno, el observador del puesto cierra á su vez el circuito y el torpedo estalla.....

\*\*

Durante la noche la terrible instalación se sirve de poderosísimos aparatos luminosos.

Un proyector fijo dirige de una manera permanente su haz luminoso sobre la línea de torpedos. Hay además proyectores situados cerca del puesto interior y que sirven para explorar el paso y descubrir los navíos asaltantes.

\*\*

Lo dicho basta para que se comprenda la necesidad de conservar intacta esta instalación, y al efecto hay indicadores que señalan los lugares practicables á los buques de servicio que circulan en la rada.



El Puerto de Santiago de Cuba



**NOCHE DE INVIERNO**

—¿No escuchas?...  
 —Es la lluvia que roza los cristales.  
 —¿No escuchas?...  
 —Nada temas. Es el rumor del Rhin.  
 Son las heladas brisas, las brisas invernales  
 Que juegan con las flores marchitas del jardín.  
 Los pinos cabecean; el cielo está sombrío,  
 Y el viento aúlla, aúlla con tético rumor,  
 Afuera todo es muerte y soledad y frío...  
 ¡Ay de las almas tristes, las almas sin amor!  
 —¿Leemos?  
 Léete, bien mio, como en lejanos días,  
 Los cantos del poeta de tu país natal.  
 ¡Mas no!... Tiene más dulces y vagas armonías  
 Tu voz, que del poeta el cántico inmortal.  
 Sobre el cojín de raso do apoyas tu cabeza,  
 De la rosada lámpara al trémulo fulgor,  
 En vivos resplandores irradia tu belleza  
 Cubierta con el blanco y holgado peinador.  
 ¡Oh carne, oh carne mórbida, oh carne sonrosada,  
 Oh labios que he besado con loco frenesí,  
 Sois míos... Sólo míos! ¿Verdad, mi bien amada,  
 Verdad que es tu hermosura tan solo para mí?  
 Corra la vida aprisa, destelle en el oriente  
 El sol para las almas esclavas del dolor,  
 Y siga en noche eterna mi corazón ardiente  
 Soñando con la dicha, soñando con tu amor!  
 Riega sobre mis hombros tu blonda cabellera,  
 Unamos nuestros labios en ósculo sin fin...  
 Y déja que la lluvia sacuda la vidriera  
 Y rumoree á lo lejos entre la bruma el Rhin.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

**EL HEROE**

Hay vértigos de gloria en el que sube  
 Desde el fondo ciclópeo del abismo,  
 Y en el espacio azul del heroísmo  
 Puede volar con alas de querube.  
 Será acaso la larva en que se incube  
 El engendro fatal del egoísmo,  
 Cuando en sus sueños vagos de lirismo  
 Sienta poner el pie sobre la nube.....  
 Pero la eterna evolución creadora,  
 No ve la forma humana que alardea  
 Ni el orgullo que surge y se evapora;  
 Como no vió en el drama de Judea,  
 Más que la luz sublime y redentora  
 Del esplendente triunfo de una idea!

CLARO OSCURO.



La esfinge moderna

**EL AUXILIO DEL ODIO**

Al salir el lumínar  
 De la estrella vespertina,  
 Se halló una vela latina  
 Parada en medio del mar.  
 Viendo el fulgor del lucero  
 Tan puro que alegra su alma,  
 —Mal tiempo, noche de calma! —  
 Dijo á bordo un marinero.  
 —“Mucha carga que hace lastre  
 Y el velámen nada presta:  
 Hay grandes calmas como ésta  
 Que equivalen á un desastre.”  
 \*\*  
 Vino la noche. En el muro  
 Del horizonte lejano,  
 Espiando el triste océano  
 Fosforescente y obscuro,  
 Una ráfaga, asomada,  
 en el firmamento inerme  
 A la caverna en que duerme  
 La tempestad sosegada,  
 Aperció que en aquellas  
 Soledades, oscilaba  
 Una vela, que blanqueaba  
 Al temblor de las estrellas.

El mal viento, al descubrirla  
 Varada sobre el abismo,  
 Habló así consigo mismo:  
 —No anda! pues yo voy á hundirla!  
 Y en el silencio reacio.  
 Del cielo á los puros brillos,  
 Desataba á dos carrillos  
 Su soplo sobre el espacio.  
 La vela, oscilante, sola,  
 Serena y grande, veía  
 Que cada vez más subía  
 El vértice de cada ola,  
 Hasta que en la oscuridad  
 Y por las rachas herida.  
 Se halló, de fuerzas henchida  
 Volando en la inmensidad.  
 \*\*

Quando, hecha la travesía,  
 Al amanecer, anclaron  
 Los marineros, y hablaron  
 Con la gente de la ría,  
 —La barca, les dicen, vuela,  
 No se esperó en tal momento;  
 Y ellos:—Es que hizo buen viento..  
 —Buen odio! sonó en la vela.

FRANCISCO GAVIDIA.

**Teresa.**

El misticismo de la celda:  
 brilla  
 En la sombra el reflejo de la lámpara,  
 Oscilando como una moribunda  
 Pupila que se estrecha y se dilata.  
 ¡Qué tristeza en la llama que agoniza!  
 ¡Qué blancas las paredes de la estancia!  
 ¡Qué implacable silencio de sepulcro  
 En la indecisa claridad!  
 La santa  
 Reposa sobre el lecho immaculado,  
 El lecho que se eleva como un ara  
 En uno de los ángulos sombríos...  
 Por su frente que han hecho torva y pálida  
 Tanta meditación y tanto ayuno,  
 Cerre el sudor en abundantes lágrimas.  
 Sus ojos siempre abiertos por el éxtasis  
 Se entornan abatiendo sus pestañas.  
 En sus labios enjutos y apacibles  
 Hechos para el suspiro y la plegaria  
 Se despiertan los besos voluptuosos—  
 Y sus brazos más blancos que las sábanas—  
 Queriendo rodear algo invisible  
 Se retuercen se agitan y se enlazan.  
 Sueña!  
 Sueña que el Cristo macilento,  
 El cuerpo exangüe y celestial que ama,  
 Sonríe tras su mueca de amargura;  
 Que sus frescas heridas se restañan,  
 Y sus pálidos miembros se coloran  
 Y se cierran las bocas de sus llagas.  
 Sueña que su mirada se ilumina,  
 Y de madero ignominioso baja  
 Más radiante que un ángel y más bello  
 Al lecho que se eleva como un ara,  
 Y que mezclan y juntan sus suspiros  
 Y que sus cuerpos vírgenes se enlazan,  
 Y que en un beso trémulo y sonoro  
 Se confunden sus bocas invioladas.

EFREN REBOLLEDO.

**ESTROFAS.**

Eres un imposible La fortuna  
 me condena al suplicio de no verte.  
 Cuando hay distancias entre *cuna* y *cuna*  
 Media como el abismo de la muerte.  
 Ni me abate este amor ni te degrada:  
 Cuando su beso ardiente el sol fulmina,  
 El agua, del pantano evaporada,  
 Sobre los altos montes se reclina.  
 No quieras que te olvide ni te afañes  
 Por convencerme, que es luchar en vano.  
 ¡Sofoca la erupción de los volcanes!  
 ¡Estorba las mareas del oceano!  
 Hay reptiles que tienen sus guaridas  
 Junto á los pedestales de las diosas,  
 Y orugas que se arrastran seducidas  
 Por los matices de las mariposas.  
 Tu juventud con su atracción me llama  
 Y no puedo impedir que me deslumbré.  
 El insecto atraído por la flama  
 Deja siempre sus alas en la lumbre.  
 Pero hay grandes pasiones que no mueren...  
 Mi alma te inmolará sus energías,  
 Mientras las fuerzas de atracción imperen  
 Y domine la ley de simpatías.

MEDARDO FERNÁNDEZ.

**TEMPESTAD**

La luz se apaga en la flotante bruma;  
 El viento rugie como leona herida,  
 Y el mar se agita en brusca sacudida  
 Y desfallece en explosión de espuma.  
 La débil barca que el destino abruma  
 Flota á merced de la ola embravecida,  
 Y el hombre siente el vértigo de vida  
 Que la tiniebla de la muerte esfuma.  
 .....  
 ¡La tempestad del alma es la sombría  
 Convulsión de dolor de los que gimen;  
 El impetu rabioso del que ansia,  
 Y que lo arrastra, en círculos que oprimen,  
 A estallar en sollozos de agonía  
 O á hundirse en las vorágines del crimen

CLARO-OSCURO.







Caridad.—Cuadro de Julio Schmid.



La procesión cantaba: enfermos agobiados por sus achaques, viudas enlutadas por la reciente muerte de sus maridos, jovencitas alarmadas por la infidelidad de sus amantes.....

Bruno y Juanita, marchaban los últimos; él con la cara contraída por la angustia y sin que pudiera ocurrírsele cantar, y Juanita mirándolo, turbada de verlo tan conmovido, pero aspirando á la vez el aire perfumado que le parecía venir de sus maizales.

III

La encina fatídica apareció de pronto y un clamor de alegría se elevó dominando el rumor del río.

Desde hacía siglos, la encina de Quillacq se elevó allí en el límite de la selva, con abundante fronda, con un tronco de nueve metros de circunferencia. Sus siete ramas principales más resistentes que el hierro, se entrecruzaban dando una sombra fresca al suelo húmedo en que no brotaba ni una brizna de hierba.

Las tempestades, lo mismo que las aves de rapiña revoloteaban dando alaridos y sin acercarse á sus ramas y el rayo no se atrevía á herirlas nunca. Los pájaros anidaban allí constantemente y sus cantos parecían la voz siempre bella de la encina perpetuamente joven.

En el bosque sagrado, en torno de la encina milagrosa, se dice que las hadas y los hechiceros se reunían en las noches tranquilas; se dice que son criaturas humanas muertas hace millares de siglos, que vienen en la hora de las tinieblas para amar á la tierra, madre común de las plantas y de los seres animados: se dice que ruegan por la humanidad y que oyen en el seno de la soledad las quejas y las lamentaciones de los vivientes: se dice que Dios por privilegio los conserva en el país de las landas y que se acuerdan siempre de los maizales dorados, de los horizontes de arena y de las dunas llenas de melancolía.

Son quienes rezan de rodillas, al pié de la encina de Quillacq sobre las raíces semejantes á gradas de altar; y de sus ojos profundos, corren lágrimas que se recojen como agua bendita en las cavidades de las raíces. Esas lágrimas así depositadas purifican los ojos, el cuerpo y el alma de los enfermos y de los pobres que creen en la encina de las hadas.

En esta vez á que nos referimos, el pueblo desfilara bajo los follajes siguiendo la cruz de oro que el acólito llevaba en las manos muy alta. Cada cual pronunciaba su voto y se mojaba los ojos y los labios, en tanto que el sacerdote bendecía á los creyentes. Pasada la última cofradía el cortejo remontó de nuevo el Adour con una alegría más expansiva y bulliciosa y entonando salmos.

IV

Sobre las raíces del árbol, Juanita y Bruno se quedaron solos. Bruno amaba el lenguaje misterioso de las agrestes soledades.



—Juanita, dijo después de haber tomado agua maravillosa y clara en las cavidades de la encina: Juanita, mójate los ojos y las manos.

Ella obedeció y hundió la carita de cielo entre las manos callosas y empapadas de su marido. La tempestad de la noche anterior había renovado sin duda las lágrimas de las hadas y los hechiceros, y el agua estaba fresca como el rocío de otoño.

Luego Juanita se arrodilló al lado de Bruno; y con las manos entrelazadas permanecieron largo tiempo orando con la frente apoyada contra el árbol. De pronto el esposo levantó á su esposa con delicadeza y ella se enderezó lentamente en una especie de éxtasis, con los ojos fijos en el cielo que se entreveía á través de las ramas

Y como transfigurada, radiosa, esbelta con ese tra-

je de campesina blanco y leve, se parecía á los ángeles de mármol que decoran las iglesias.

Miró en torno suyo la tierra y la selva, oyó la voz vigorosa del río, y enjugando sus párpados que le pareció estaban libres ya de sombras y de tristezas, contempló á su hombre con avidez y lo besó con regocijo.

—Descansemos, dijo él. A la tarde, cuando el calor haya disminuido regresaremos.

Pero estaba lleno de zozobra. Tenía que en el fervor de sus plegarias Juanita pensara en la muerte, en el camino del paraíso, en la ruta celeste que resplandece ante la tierra cubierta de flores y de frutos; y ella, sospechando su aprehensión, le tomó las manos y le dijo con adorable dulzura:

—Estoy mejor. Te amo más, y amaré tus árboles y tu llanura monótona, en que estaremos solos los dos.

En el exceso de su alegría, Bruno no pudo hablar; veía la selva más espesa, más bella y que cantaba á lo lejos salmos como los de la multitud que acababa de alejarse.

Así permanecieron bajo la sombra de la encina hasta que llegó la tarde: y Juanita, reclinada en el pecho de Bruno, recuerda los días en que se apoyaba así en el seno de su madre: para escuchar al dormirse, los cuentos del abuelo. La sombra era grata y venía de los pinares un viento tibio y acariciador como aliento maternal.

Después de haber tomado pan y castañas, Juanita se reclinó otra vez en el seno de su esposo y cerró los ojos.

Durmió con sueño de niño, haciendo con su respiración menos ruido que el pétalo de una rosa movido por el aura; y Bruno apenas veía su rostro pálido, sus labios de rosa, sus ojos parecidos á conchas cerradas. El la sentía vivir en sus brazos y probando deliciosa felicidad creyó amarla más que nunca.

Luego se durmió también

La voz libre de la tierra subía al cielo, el murmurio amigo de la encina se juntaba con el del río; bajo las frondas por momentos entreabiertas, entre claridades súbitas, aparecieron formas jóvenes de mujeres veladas de claridad y lánguidas que pasaban

y repasaban en torno del árbol repitiendo los cantos populares. Eran las hadas benéficas que venían hacia los esposos adormecidos.

Cuando estos abrieron los ojos deslumbrados, las hadas se desvanecieron como en un sueño; y el espacio se llenó de más luz por encima del bosque y por encima del río.

Juanita y Bruno se levantaron con alegría tan extraña, que no sabían ni que decir.

—He dormido, exclamó ella. ¿Y tu selva donde está?

Y luego añadió con voz insinuante y dulce:

—Vamos á tu selva.

V

Cuando llegaron las cercanías á su casa, empezaba á amanecer y los dos esposos caminaban rápidamente á causa del frío matinal.





## LA ENCINA MILAGROSA.

Desde que principió el otoño, Bruno estaba desolado en las landas inmensas, bajo las arboledas que llegan hasta el mar, porque Juanita, su esposa, morena y linda como las noches estrelladas, graciosa como un pino nuevo cuya cabellera se estremece, Juanita desmejoraba visiblemente. Débil y enflaquecida, cargaba con trabajo los haces de ramas, recojidas aquí y allá por Bruno cuando podaba los árboles del terreno que estaba á su cuidado. Su cara adelgazaba lentamente y le aparecían los pómulos, ligeras arrugas surcaban su tez antes tan tersa y se la veía languidecer seguramente á causa de su ausencia de Chalosse, país llano donde se cultivan, el maíz el trigo y la cebada.

Bruno trataba en vano de distraerla contándole sucesos de los tiempos antiguos, cuando en las landas no se habían sembrado pinos y los lobos y las brujas celebraban sus aquelarres en medio de las dunas, los sábados á la hora de las sombras. Le refería sus labores del día, las sangrias que practicaba en los pinos, la cosecha de goma que se obtiene aplicando una vasija bajo el lugar de la sangria en el tronco del árbol y le hablaba de la sobriedad que forzosamente hay que guardar en el bosque, lo cual les permitiría formar en breve tiempo una fortuna con que adquirir alguna propiedad.

Juanita le sonreía y repetía como un eco sus últimas palabras de esperanza. Amaba mucho á este hombre á quien un domingo de feria, en su aldea de Muigrón, escujo impresionada por su cuerpo vigoroso, la altivez de sus miradas y la pulcritud de su traje.

Desde la primavera vivían juntos y Juanita casi no veía más que á él, bajo los árboles rectos que susurraban en el espacio tiñendo de verde los horizontes sin fin. Gracias á él tan habituado á la soledad de las llanuras y á la fantasía de las sombras que parecen perseguirse de bosque en bosque, Juanita no se había tornado medrosa en su cabaña de tablas y de rastrojo, entre los juncos y los brezos donde serpentean arroyuelos invisibles y aparecen aquí y allá charcos de agua azul circundados de rosales.

Pero apesar de todo, Juanita extrañaba mucho su país de Muigrón, los dorados maizales, los plátanos de argenta cáscara la túnica luciente de los viñedos.

Ya no escuchaba la risa ingenua de los abuelos en el umbral de la puerta, ni el parloteo de los chicos que retozaban en la plaza, ni la voz encantadora de sus compañeras que los domingos en la iglesia vibraba en la armonía de los cánticos.

Ahora era necesario ir á los oficios divinos á Labouheyre, allá abajo, muy lejos en el límite de la selva, y de donde era necesario salir muy pronto sin ver siquiera la populosa aldea para poder regresar temprano al cortijo..... Ah! la Chalosse!..... la casita levantada allí de piedras sin argamasa, como un nido de pájaros que no tiene más que briznas puestas una junto á otra!.....

El domingo de Pascua mientras un rayo de sol doraba el interior de la cabaña, Bruno dijo á Juanita:

—¿Quiéres que vayamos para curarte á la encina de Quillacq?

—¿La encina fatídica?  
—Sí; la encina vieja, la más vieja de las landas.  
—Ni creas que la encina me tenga buena voluntad.  
—¿Por qué? ¿no amas acaso al país?

Ella le contempló alarmada temiendo que adivinara las angustias de su alma, y como Bruno la estrechó con efusión contra su pecho, se estremeció de dicha y de ternura y dijo con voz sincera:

—Si vieras, no es que quiera yo regresar á Chalosse, pero á pesar mio pienso siempre en mi país Nunca pensé que cabrían tantos insectos en un grano de trigo maduro..... Quisiera amar tus pinos puesto que te amo, y cuando durante el día no estás aquí ni oigo siquiera á lo lejos los golpes de tu hacha, mientras acaso estas encaramado en la horquilla de un pino haciéndole incisiones, yo busco tus huellas entre los helechos, espío el matorral por donde te alejaste y eso es mi sola distracción y mi único placer..... Nuestras conversaciones nocturnas duran bien poco; para ver las estrellas es necesario ir hasta algún claro del bosque ó á la orilla de algún estanque, y por la mañana me dejas sola cuando todavía no ha empezado á aclarar.

Yo ensayo cantar y reír cuando regresas... sólo que este rumor de pinos, tan triste, parece traerme de muy lejos una voz que me dice que estoy condenada á languidecer aquí como una flor efímera y delicada.....

Y esa es la voz de mi Chalosse, la voz de las hadas de mi aldea; la reconozco. Fué la que me aconsejó amarte y acercarme á ti en aquel domingo de feria, cuando me pareció que ya te había visto otras veces y que nos amábamos desde tiempo lejano.....

Bruno anhelante escuchaba á su esposa melancólica y linda y la apretaba contra su pecho, posando su boca ruda sobre aquellos labios adorables.

—Vamos á tu Chalosse, le dijo, vamos.

—Te morirías tú.

—A tu lado..... ¡imposible!

—No: á tu vez extrañarías tus landas y tus selvas. Mira, no podemos nada contra esto. La fatalidad es la que nos ha condenado.

A poco Juanita se tranquilizó y fué desapareciendo la contracción de sus facciones, como desaparecen con el alba entre las frondas las tinieblas de la noche. Contempló á su esposo, gallardo, que le sonreía enseñando dos hileras de dientes blancos, y quien sabe qué sorprendió en la expresión de su mirada que inclinó la frente con pudorosa alegría. El sintió más enamorada y dispuesta á las esperanzas, tesoro que enriquece aun á los más humildes y desvalidos.

Las campanas de Labouheyre vibraron allá á lo lejos y Juanita se levantó de un salto con su gracia de otros días.

—Oyes? Lllaman á misa. No te parece que esas campanas hablan más directamente ahora con nosotros, que las oímos mejor en esta soledad?

—Sí, vamos á misa. Y un día próximo á la encina milagrosa.

—Como quieras..... Eso nos consolará.

Y se alejaron, con paso rápido tajolas frondas.

### II

La primavera había sido agradable: las lluvias renovaron la hierba y lavaron los pinos. ¡Qué hermosa debía estar la Chalosse perfumada por sus vergeles y sus plantíos!

Bruno que veía rejuvener á la tierra y pasar las bandadas de pájaros, recobró sus esperanzas pensando en que Juanita reviviera también y como el sol se aficionaría al país de las landas.

—En Junio, dijo á su esposa, saldremos del bosque y nos reuniremos á la romería que va á Quillacq: ¿quieres?

—Si.....

Pero su pensamiento seguía preocupado con la idea de una muerte muy próxima. Solamente que ya que debía morir, quería á lo menos que Bruno nada viera que reprocharle y por eso le quiso dar esta nueva prueba de su ternura.



Desde aquel domingo de pascua, concurren con mayor frecuencia al borde de los estanques entre los rosales, para ver por las tardes la ascensión de la noche hacia el firmamento sereno, y oír las voces maravillosas de los bosques profundos.

Cuando se recojían, la luz vaga de la noche penetraba en la choza á través de los cristales de las ventanas, y los rayos de la luna cuando entraban iban á la vez á besarlos en las mejillas, y los sueños que entonces les acariciaban eran de esos que no pueden relatarse porque se contraen á una dicha que la miseria hace temer.

La víspera de San Juan se desató una tempestad.

Por el llano inmenso los bosques vibraron al empuje del huracán que penetraba aun á las más ocultas cavernas. El agua cayó á torrentes inundando las dunas y las praderas. Bruno en la cabaña no osaba levantar la voz, y Juanita se estrechaba contra él llena de terror imaginándose que había llegado su última hora y que el cielo se oponía á su viaje á la encina de las hadas. Dulcemente abrazados se durmieron y mientras la tempestad se alejó.

Al día siguiente, la tierra estaba alegre, y el cielo azul y dorado resplandecía.

Los dos esposos se pusieron sus vestidos de gala. Vamos, dijo Bruno, es largo el camino de aquí á Dax.

—Tengo valor, contestó Juanita.

Bruno que se sabía orientar aun en lo más espeso de la selva, marchaba con su esposa confiado y alegre. Por el camino encontraron una manada de caballos que pastaban cerca de un guardian, el cual calzado con largos zancos y formándose tripié con el callado, estaba ocupado en hacer calceta.

Antes de salir del bosque tropezaron con un campamento de carboneros, especie de salvajes negros que acomodaban en carriolas las ramas arrancadas por el huracán. Vieron en fin cortijos, casas coquetonas, molinos á la orilla de las cascadas, y luego la ciudad de Dax levantándose en el fondo de un valle.

Penetraron á los arrabales. La multitud endomingada de las comunas de Maresin, la Chalosse y las Landas se unió á la de la ciudad. Flotaban cortinajes y gallardetes en las ventanas, músicas de clarinetes, tamboriles y castañuelas recorrían las calles alborotando, y las campanas de la iglesia repicaban á vuelo.

Las gentes al reconocerse se saludaban, se felicitaban con emoción, y cada uno hablaba de la encina; éste para curar una enfermedad, aquel para que cambiara la mala suerte de su casa.

Después de misa, los campesinos que llevaban víveres fueron á comer á los alrededores en los sitios más pintorescos; luego volvieron á la iglesia, al rosario, y todos con el pensamiento fijo en la próxima evocación, oraban con fervor y las mujeres hasta lloraban.

Las puertas se abrieron de par en par. La multitud se apartó en el centro de la iglesia formando un surco semejante al foso que corta un campo de trigo en dos partes iguales, y en este surco, el cura, precedido de los acólitos con la cruz y los ciriales, avanzó. Luego la multitud le siguió en procesión, y descendiendo al camino tomaron á lo largo del Adour magestoso donde se balanceaban los barcos amarrados y templaban su sed las vacas y los potros, á la sombra de los plataneros.



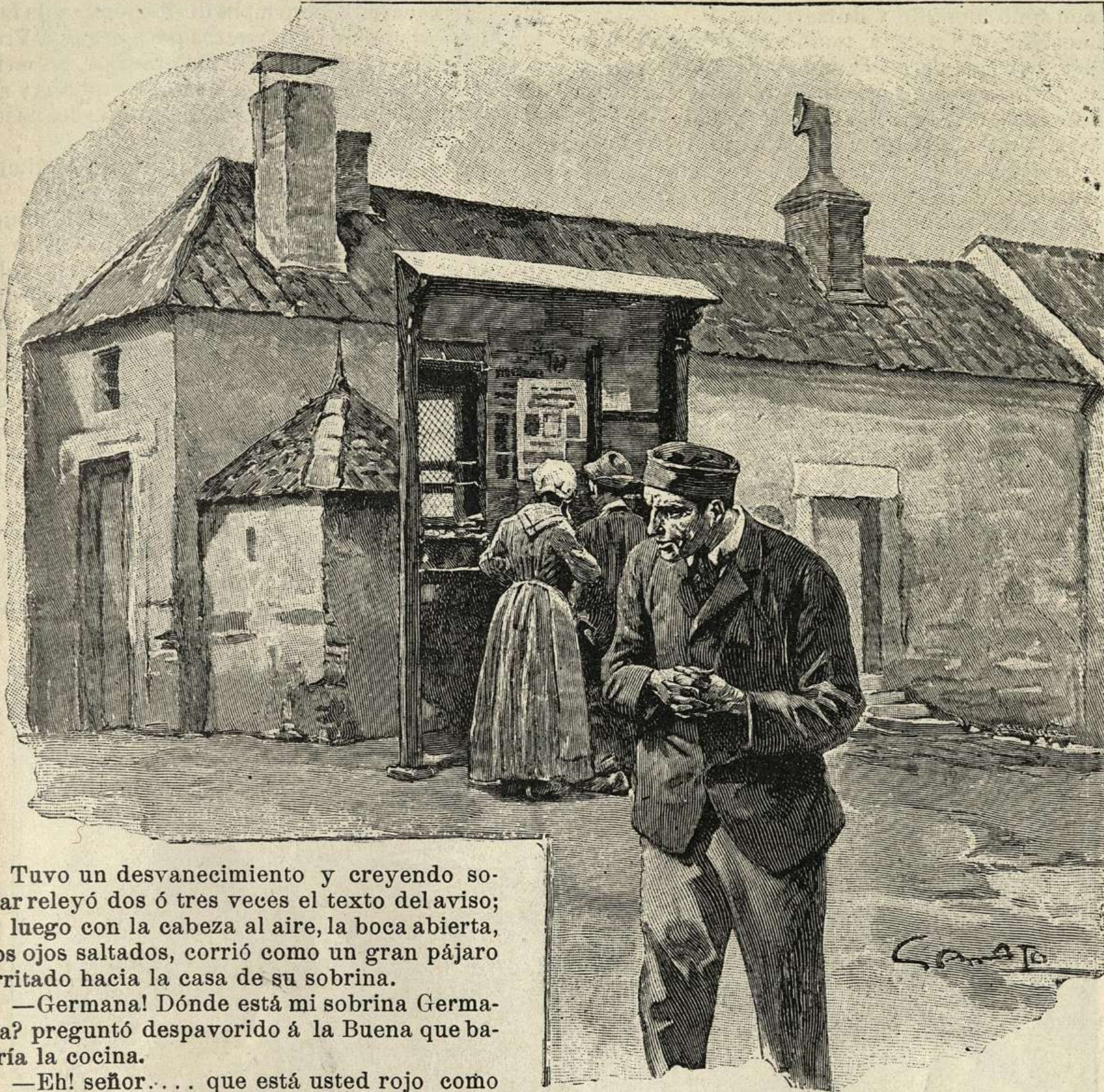


## LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 6.



Tuvo un desvanecimiento y creyendo soñar releyó dos ó tres veces el texto del aviso; y luego con la cabeza al aire, la boca abierta, los ojos saltados, corrió como un gran pájaro irritado hacia la casa de su sobrina.

—Germana! Dónde está mi sobrina Germana? preguntó despavorido á la Buena que barría la cocina.

—Eh! señor... que está usted rojo como una langosta cocida! gritó la madre Aubriot; cuidado con atrapar una congestión ¿Qué le quiere usted á la señorita? Si es todavía para calentarle la sangre con los proyectos de que sea esposa del muchachon, puede usted volverse por donde vino.

Pero Germana había oído la voz estridente del sacristán y acudió á su encuentro.

—Aquí estoy tío, dijo con mucha calma. ¿En qué puedo servir á usted? ¿Qué hay?

—Hay, rugió Boucheseiche, que tú eres una embaucadora, una hipócrita y una mala mujer. ¿Es posible que hayas pensado en vender las tierras de Cude?

—Esa es mi resolución, en efecto.

—Y has tomado ese loco partido sin consultar á nadie!

—Perdone usted, consulté á mi notario.

—Esa es una mala acción... Tú sabes que mis tierras están enclavadas en las tuyas y puesto que eres bastante imbécil para vender, debiste haberme prevenido... Antes que ver esos terrenos divididos, me habría sangrado por los cuatro costados para comprarte.

—He preferido rematar. Está usted libre para ser postor, querido tío.

—Sí, para que se me haga pagar el doble de lo que valen ¿no es eso? Vamos... se razonable y dame la preferencia. ¿Quiéres unos buenos seis mil francos?

—Usted sabe mejor que yo que valen mucho más... .

No tío. El notario me aconsejó el remate y voy á seguir su consejo.

—Eso es una locura. gritó Cadet exasperado, una gran locura. Pero yo estoy aquí, yo tu tío y te haré entredichar porque no tienes derecho de disponer de tu patrimonio.

—He consultado el punto; soy mayor de edad, dueña de mis bienes y tengo el derecho de hacer lo que me plazca.

Sabes lo que eres? Una mala mujer. Pero ya nos veremos... nos veremos...!

El sacristán dió la vuelta y corrió á la casa del señor Ormancey á quien encontró con la pipa en la boca y á punto de partir á una cacería.

—¿Qué ocurre, señor Boucheseiche? exclamó el notario viendo entrar al sacristán como un conejo perseguido por los perros; tiene usted el aire de un exasperado.

—Y lo estoy, señor, estoy furioso: Mi sobrina se ha vuelto loca y me veo en la necesidad de hacerla entredichar.

—Oh! oh! una demanda de interdicción es grave, dijo el notario sonriendo y haciendo entrar al sacristán en su gabinete.

—¿Qué se necesita hacer?

—En primer lugar establecer los hechos que reclaman esa medida. Mire usted—añadió ojeando el Código—aquí está la ley. El mayor que se encuentre en un estado habitual de imbecilidad, de demencia ó de furor, debe ser entredichado, aun cuando goce de intervalos lúcidos. ¿La señorita Vincart se ha vuelto idiota ó demente?

—Todavía no, pero es lo mismo, ¿Quiere vender la Cude!

—Dispense usted, pero el hecho de que un propietario venda sus inmuebles, no es caso de locura.

—Quiere vender la Cude por lotes, poniéndolos en remate.

—Eso es más bien una prueba de habilidad y de buena administración. El remate se verifica al contado y permite obtener precios más altos; yo mismo aconsejé este medio y añadiré que tuve una larga entrevista con la señorita Vincart y la encontré perfectamente sensata y firme en sus ideas. De consiguiente, si no tiene usted otros argumentos que presentar, lo mejor sería que deje usted en paz á su sobrina.

—Pero es que perjudica mis intereses, insistió Boucheseiche.

—Eso no tiene nada que ver con la interdicción. Perdóneme usted, me esperan y no tengo un minuto que perder. Adios amigo. Le queda á usted un recurso; hacerse postor.

Ya Boucheseiche había oído de boca de su sobrina este consejo irónico y su irritación se redoblabla y le parecía que la hoja de un cuchillo le penetraba en las entrañas. Se le hacía cuesta arriba dar dinero por unos terrenos que siempre había tenido por suyos, pues al fin Germana no haría huesos viejos.

¡Adios herencia ahora que la jorobada iba á vender! Era este un golpe cruel que las gentes de la aldea se empeñaban en amargar, pues á cada momento hallaba quien le dijera:

—Y bien, Cadet, se va á vender la Cude que es un buen negocio para tí porque redondeas tu propiedad comprándole á tu sobrina.

—Yo? replicaba con desdén ¿comprar la Cude? Tengo bastante con mis tierras para echarme en la espalda otras más malas.

Y se ingeniaba para depreciar la propiedad de Germana: los campos no producían en relación con lo que sembraba, los prados eran devorados por las musarañas y las tusas, y cada año el río se llevaba un pedazo; de tal modo que ya los Aubertin se habían rehusado á renovar su contrato de arrendamiento. Podía la Cude dividirse en lotes y venderse; le era indiferente, y no sería él quien hiciera subir las posturas.

Con todo y sus declamaciones se agitaba bien y trabajaba como los topos por debajo de la tierra. Se le veía por el camino de Langres y los maliciosos pretendían que no era cauto fiarse de sus *diceres* porque estaba urdiendo en el misterio alguna picardía.

El día de la adjudicación afectó encerrarse en su casa y no se le vió en efecto concurrir á la posada de «El Sol de Oro» donde se obsequiaba á los postores por cuenta de la vendedora. Esta ausencia del sacristán, inquietaba y resfriaba á todos, porque si en realidad, Boucheseiche que debía interesarse por tierras enclavadas en las suyas no acudía, esto significaba que el negocio era malo. Se pujó muy débilmente por el primer lote, y el notario admirado aprovechó las estipulaciones del pregón para retirarlo provisionalmente de la adjudicación. Los cuatro lotes siguientes no corrieron mejor suerte, pues las posturas no subían del monto del avalúo. Entonces Ormancey desconcertado anunció que iba á reunir todos los lotes y á poner en remate el conjunto sobre la base de ocho mil francos.

—Ocho mil quinientos, aventuró el arrendatario de La Fragua.

—Nueve mil, dijo el dueño del molino del Bay.

—Nueve mil quinientos!

Hubo unos instantes de silencio.

—No hay quién dé más? Dijo el pregonero.

En este momento la puerta del estudio se abrió y un personaje vestido de negro que tenía la facha de un burgués vestido de abogado, dijo tímidamente:

—Diez mil.

—Los concurrentes observaron al intruso, se consultaron con la mirada, vacilaron un punto y luego el molinero exclamó:

—Diez mil quinientos.

—Once mil dijo el intruso con voz apacible.

Desde luego ya no se habló más.

—Está convenido? preguntó el notario. No hay lugar á reclamación... A la una, á las dos, á las tres... Adjudicado.

Después, dirigiéndose al último postor añadió:

—Si no me equivoco, es usted el señor Jobert, abogado de Langres.

—En efecto, replicó el recién venido con acento acaramelado: y me declaro adjudicatario en nombre y representación de mi cliente el señor Cadet de Boucheseiche.

Así fué como los postores descubrieron que habían sido burlados por el maquiavelismo del sacristán.



## DAMAS MEXICANAS



Sritas. Carmen Solórzano y Dolores Gómez Pliego.

DE MÉXICO

Fotografía de Torres.

Mas transcurrido un año de su prisión, la infeliz, en la miseria de la cárcel, dió vida á una desdichada criatura; y así como la tenía en su regazo con esa cariñosa y solemne actitud de las madres, que parece que á la vez amparan y acarician, el niño lloró

Quebráronse rápidas las durezas de mármol en el cuello de aquella mujer, y la hermosa y altiva cabeza se inclinó por vez primera, para dejar un beso.

Y de este modo, quien fué de angel, rebelde á Dios; quien de mujer desafió las iras y las persecuciones de los hombres, de madre se rindió á su hijo, y todo le fué perdonado.

JOSÉ ROURE

## ¡EL AVE MARIA!

¡El Ave María! ¡Bendita sea la hora del crepúsculo! ¡Benditos sean el tiempo, el clima y los sitios en que tantas veces he sentido como bajaba sobre la tierra, con todos sus encantos, esta hora tan dulce y tan bella! Mientras que la campana sonora se balanceaba en lo alto de la torrelejana, subían flotando al cielo las espirantes vibraciones del himno de la tarde; ni un soplo de viento agitaba los vapores de color de rosa esparcidos por el aire, y sin embargo, las hojas de la selva se estremecían como para unir sus murmullos al acento de los sagrados cánticos.

... ¡El Ave María es el instante de la Oración!... ¡El Ave María es la hora del amor!... ¡El Ave María! Permite, oh María, que nuestras almas vayan hasta tu hijo y hasta ti— ¡María!... ¡Cuán hermoso es tu rostro!... Cuán hermosos tus ojos inclinados bajo las alas de la paloma que lleva el Espíritu del Todopoderoso!... ¡Qué importa que nuestras miradas se fijen absortas en una imagen?... Aquella pintura no es un ídolo... es la realidad.

Caritativos casuistas han tenido la amabilidad de escribir folletos anónimos para decir de mí que soy ímpio. Que vengan á rezar conmigo, y ya verán quién conoce mejor el camino mas corto para llegar al cielo. Yo tengo por altares las montañas, el océano, la tierra, el firmamento, las estrellas, esas emanaciones del inmenso todo, que ha creado el alma y á quien el alma ha de volver.

¡Oh Véspero! ¡De cuántos bienes no te somos deudores?... Tú devuelves al doméstico hogar al hombre fatigado; das la comida de la noche al hambriento, al pajarillo tierno el abrigo que le presta el ala maternal, y al buey cansado del trabajo el apetecible establo; la hora del reposo cuya llegada anuncias, reúne en torno nuestro á cuanto respira paz en la casa, á cuantos amados objetos son por nuestros penates recogidos; tú, en fin, devuelves también al niño el pecho de la madre.

Hora suave, que infundes melancolía y enterneces el alma del viajero lanzado al Océano, recordándole el instante en que se separó de sus amigos queridos, tú llenas de amor el corazón del peregrino que se estremece cuando escucha á lo lejos el sonido vespertino de la campana que parece como que llora la muerte del día. ¡Es ilusión de que la razón se mofa? ¡Ay! Para mí, no hay duda alguna, nada muere sin que algo lllore

LORD BYRON.

## CAPRICHOS

ALMAS SOLAS Y CASAS VACIAS

Ayer pasé por la solitaria plazuela, y, como en otros tiempos, en mis buenos tiempos de amorios callejeros, me senté en la banca de palo, despintada y polvosa, bajo el fresno raquítico que parece un abierto paraguas verde, enterrado por la flaca empuñadura en medio de aquel zaguan de barrio. Había llovido por la mañana. Heridos por el sol, entre las chispeantes arenas, sobre los montículos de húmeda basura, á orilla de las charcas color de sepia, centelleaban fulgores de cobre, relampagueos de vidrio, púas de plata, súbitas ráfagas de esmaltes azules, repentinamente irisadas, todo un museo piro-técnico desparramado por el suelo, todo un deslumbrante juego de bengala, encendido por la picaresca luz del poniente.

El cuadrilátero de casucas, cuyas fachadas, recién lavadas por la lluvia entonaban en el aire fresco la blancura de sus muros enjabelgados, formaba un cerco alegre á la plazoleta; las angostas ventanas, de mochetas pringosas, rotas al capricho con deliciosa asimetría semejaban abiertas de par en par ojos guiñadores—y, entrecerradas—bocas maliciosas y risueñas.

¡Qué cariñosamente nos acarician las cosas después de muchos años de olvido! ¡Con qué dulzura nos saludan los lugares vueltos á ver tras una ausencia alargada por la intensa fiebre de la vida!

La inanimada fidelidad, la constancia inmovil de todos los objetos que nos rodearon en épocas felices, nos produce, cuando volvemos del país azul, una gozosa melancolía.

La ilusión, el amor, la vida, ¡qué pronto huyeron! El espíritu es descontentadizo y caprichoso: jamás quiere quedarse con las cosas que amamos. ¡Ata tus alas, abeja de oro, ilusión de cariño bueno, con esa cinta de musgo—hilo de esmeralda—que se balancea en la roja cornisa de la casa! ¡Prende tu fragante ramillete, beso blanco, del viejo muro de la vidriera!

Pero ya todas habeis huido, voladoras mariposillas que anidabais en estas piedras.... No es cierto que la memoria, ese almacén de guiñapos descoloridos, os preste abrigo, sueños juveniles? ¿De qué me sirven los recuerdos empolvados que habitan las negras cavernas del cerebro, como toneles exhaustos en los rincones de la solitaria taberna?

\*\*

..... Y nada hay muerto aquí: el brocal desgastado de la fuente, el fresno, la banca, la ventana, me dan las buenas tardes como se tiende la mano al antiguo camarada.

Solo que ya no asoma, por sobre el alfeizar verdinegro, el pálido rostro, angélicamente vulgar de la primera musa.

Un poco borrado, desvaneciéndose en la azulosa neblina que cubre lo pasado, como brumoso horizonte, aparece en mi alma. No tiene facciones precisas este semblante que veo dentro de mí. Cerrando los ojos, intento seguir con el fino pincel de mi deseo el contorno de esta miniatura apagada. Imposible! La guardo en el fondo de mis tristezas y de mis goces; pero ya sin colores ni perfiles, como el abuelo guarda en el fondo de la gabeta de caoba el retrato de la amada de su corazón, dentro de la caja de palisandro, sobre el cristal opaco que ya no mas conserva el muriente rubor de las mejillas y la mancha obscura de la florida cabellera.

Las pupilas empapadas en lágrimas vuelven á poner las líneas que se borraron; más ¡ay! qué tarea tan difícil, qué labor tan pesada esta de dibujar los perfiles de los retratos que se descoloran y de retener las impresiones que se van!.....

\*\*

Yo he oído, no sé dónde, tocar un wals: se llamaba "el wals de las horas." Tras un prelude, lento y cansado, con algo de marcha funeral, se precipitaba un vértigo de notas, una catarata de melodías, una extraña carrera de compases en fuga.

Los sonidos, impacientes, encabritados, rabiosos, corrían como lebres locos en una fantástica cacería.—Halal!... Halal!... Allá iban, tendidos, jadeantes, saltando sotos, brincando arroyos, deslizándose por entre las intrincadas ramazones de las selvas, persiguiendo al ciervo invisible que creían ver sobre la línea siempre remota del horizonte.

El wals terminaba con un golpe seco; el derrumbamiento de las notas, la caída al abismo de las desenfundadas armonías.

Y así, como esa música oída no sé dónde, tal vez en la soledad de una noche de pena, tocada por el martillo del pensamiento sobre la sonora lámina de las sienas á compás vertiginoso, á galope tendido van pasando mis horas en persecución del recuerdo fugitivo.

¡Toca, tu wals, memoria, pero no tan aprisa! Quiero contemplar esos deslumbrantes minutos de gloria que llevan palmas, ese instante de dicha que cruza sonando besos, ese rato de meditación que pasa cantando estrofas, esas noches azules de las citas, esas puestas de sol de los juramentos! ¡Qué aceleración la de mi vida!

¡Qué precipitada carrera la de mis recuerdos!

\*\*

Y mientras cayó la sombra, sentado en la banca polvosa, bajo el paraguas del fresno raquítico, frente á la ventana vacía, procuré, en vano, delinear con el fino pincel del deseo en el vaho azulino de lo pasado, el pálido semblante, angélicamente vulgar de mi primera musa.

LUIS G. URBINA.

De pronto, un ruido más formidable que el de la mar embravecida hirió sus oídos. Bruno espantado examinó el campo en todas direcciones, y reconoció en esa voz siniestra los bramidos del incendio que corría retorciéndose como una serpiente monstruosa.

Entonces arrojó un grito y una exclamación de cólera.

—Dices bien, Juanita, la desgracia ha caído sobre nosotros.

—Cállate...! Ahora tengo miedo por tu selva! Valiente y atrevida á su vez, tomó por la mano á su marido.

—Si nuestra cabaña está destruida le dijo, levantaremos otra.....

Las llamas en enormes montones cabalgaban sobre los pinos que crepitaban y caían con un estruendo que repercutía en la inmensidad.

De súbito, hombres, mujeres, niños, surgieron como ganado despavorido. Eran los carboneros que huían del fuego que á veces corría con tanta lijereza como ellos. Llevaban sus carriolas, sus tiendas, sus bestias y gritaban de terror y de rabia.

—Estos brutos exclamó Bruno, incendiaron el bosque por hacer las iluminaciones de San Juan.

Y los esposos caminaban con paso precipitado.

Juanita tenía prisa de volver á la cabaña donde quedaron sus trajes de soltera, sus santas imágenes y los regalos de su madre, tesoros todos valiosísimos para ella. Así es que temblaba al aproximarse.

En fin, al volver un repliegue del terreno vieron su cabaña en pie. Las llamas la respetaron por milagro.

—¿Lo ves, dijo ella? El cielo nos favorece.

Bruno estaba muy fatigado y no concurrió á su trabajo ese día. Ella se puso á coser y cantaba por la primera vez junto á la puerta. La brisa venía de Chalosse y arrojaba al mar el olor de las yerbas quemadas y de los árboles destruidos. Bruno y Juanita eran tan felices, que olvidados del mundo hablaban bajo, en la religiosidad de la selva con el alma conmovida.

—¿Qué te pasa, preguntó él, estás soñando?

Hubo unos momentos de silencio

Luego Juanita, pálida, temblorosa, indecisa, pero con los ojos irradiantes de felicidad, se acercó á su esposo y le dijo:

—Vieras? ahora con el susto he descubierto que...

Lo demás se lo dijo en voz tan baja que Bruno más bien lo adivinó en vez de oírlo: y arrojándose el uno en brazos del otro lloraron de felicidad.

Después ya no fué posible la tristeza, porque en aquella cabaña se cantaba siempre para arrullar al niño recién nacido.

## CABEZA ALTIVA

En las inmensas y luminosas regiones del éter donde todo ruido es armonía y plegaria todo pensamiento, forman bandadas y círculos de adoración hermosísimas cabezas llenas de viva luz, y por luz intensa rodeadas.

De sus ojos brota la mirada serena y pura, como claridad de amanecer, en sus labios palpita la frase de oración con ese estremecido y suave rumor del árbol cuyas ramas mueve viente-cillo de Mayo; sus cabellos son como huellas luminosas que retratan direcciones de pensamientos, y sus frentes, que ninguna arruga cruza, ni ninguna pena mancha, tienen la majestad de la lámpara de mármol en que se ha escrito la palabra "Dios" y la gracia atractiva de la frente del niño, donde quedan los besos de una madre, como los pájaros al dormirse en el nido.

Cuando la palabra creadora cae sobre esas cabezas para bajar después á convertir las nebulosas en soles y los soles en mundos, todas ellas se inclinan y un estremecimiento luminoso traduce su adoración subímite; luego, aquella luz trémula, aquel deslumbrador parpadeo se condensa en sonido, y una música dulcísima rodea á las hermosas cabezas del mismo modo que á la masa de árboles que un sol de primavera ilumina, rodea el suave rumor de sus hojas que tiemblan, cerniendo al temblar la luz y envolviéndose de este modo los árboles á la vez, en reflejos y músicas.

Sucedió que al bajar la palabra creadora, todas las cabezas se inclinaron menos una. Su altivez, su delirio, trazó una línea negra en medio de aquella vivísima y deslumbradora luz, y por esa línea negra descendía rápida la cabeza altiva desde las inmensas y deleitosas regiones del éter á las prisiones y miserias de este mundo.

Uniósele al llegar á él hermoso cuerpo de mujer, y la cabeza altiva quedó prisionera en un erecto cuello, blanco sí, pero duro como el mármol.

Y al verificarse esa unión, los labios de la rebelde y hermosa cabeza, murmuraban:

—¡No me inclinaré nunca!

Poderosa al principio, y altiva siempre aquella mujer de indecible hermosura, paseó por el mundo su satánico orgullo, su supremo desdén, sin compadecer nunca á las víctimas ni doblar la cabeza para contemplar á los que se rendían á su belleza ó á su imperio. Persiguiéronla después en apretado haz las adversidades, y cuanto más dura le affligía la desgracia, más se erguía aquella cabeza hermosa y rebelde.

Desde los esplendores de un trono cayó en la lobreguez de una prisión, y para saciar en ella su ira sin límites, determinaron los perseguidores que el carcelero affligiese á aquella desgraciada mujer con la más brutal de las injurias.

Todas las pruebas, todos los martirios, todos los horrores no pudieron hacer que su soberbia desmayase, que su cabeza se inclinara.





según dijo, á varias personas piadosas de quien se le había dado la dirección. Por la noche se encontraron en la mesa de la posada y Germana no pudo impedir la impresión de pena que le causó observar la visible y golosa delectación con que comía su compañera de viaje.

Al partir fué la jorobada quien pagó la cuenta sin objeción alguna de parte de la peregrina, y también la jorobada pagó los billetes de pasaje en momentos en que la otra, absorvida en la lectura de un libro piadoso, no se dignaba preocupar su imaginación con detalles profanos.

Al medio día llegaron á Saint Thiebaut y luego subieron á pié la cuesta de Bourmont y allí declaró la señora Chapelau de que no siendo sino por las mañanas los milagros de Vrecourt, lo más discreto era ir á comer y pasar la noche en la posada para ponerse de nuevo en camino al rayar el día. La tarde se pasó como la del día anterior, pues Germana, atravesando las estrechas calles de Bourmont, formadas por antiguas construcciones, se dirigió á la iglesia de Nuestra Señora y allí permaneció largas horas rezando, mientras la Chapelau de fué á hacer su colecta en algunas casas de ricos y devotos burgueses que se le habían señalado de antemano. En la noche comió con singular apetito y se durmió masculando padres nuestros y ave marías.

Al otro día se levantaron muy temprano y descendieron orando el camino que pasa á través de los viñedos, con dirección á Soulaourt. Los grupos de encontraban al paso eran generalmente de mujeres y niños que guiaban y precedían sacerdotes desotanas empolvadas. Pronto, á dos kilómetros del río, se distinguió el campanario de Vrecourt y los cánticos empezaron. La Chapelau de, sintetizando el entusiasmo de los peregrinos entonó un salmo en acción de gracias y Germana, exaltada por estas demostraciones edificantes sentía que su corazón palpitaba como á la aproximación de algo solemne.

Vrecourt, á donde la procesión de peregrinos acababa de entrar, es una aldea poblada de aceterías, curtidorías y fábricas de alambre, y la multitud atravesó por allí y tomó á la izquierda en dirección á un erial en que se distinguía desde lejos un amontonamiento de cabezas inclinadas. Allí, sobre una especie de meseta pedregosa, algunos eclesiásticos y mujeres oraban arrodilla-

dos y con los ojos fijos en un zarzal de enebros situado al lado y que era donde de ordinario se manifestaba el milagro.

La Chapelau de vino á arrodillarse en primera fila y Germana la siguió.

Toda esta multitud, procedente de las aldeas circunvecinas, parecía sacudida por una religiosa conmoción que se avivaba por la impaciencia: voces susurrantes se elevaban aisladas recitando el Ave María, y luego, de grupo en grupo como al impulso de una ráfaga piadosa se repetían las palabras de la salutación angélica.

El sol apareció de pronto sobre el pinar de Graffigny y la meseta pedregosa quedó bañada por un río de luz. En ese instante, una niña pálida que tendria quince años y que estaba arrodillada delante de los fieles, echó la cabeza para atrás gritando presa de una violenta exaltación:

—Allí está la Cruz, allí, encima de los enebros!

Entonces una voz dulce, muy dulce exclamó:

—Sí, sí, ya la estoy mirando.

Era la Chapelau de que confirmaba la revelación de la niña. El busto levantado, la cabeza erguida, los brazos en cruz y toda ella en actitud de éxtasis repetía con convicción:

—La veo, la veo, ¡Gloria á Jesús y á María!

La multitud transportada por estas afirmaciones seguía con admiración ciega los brazos de estas dos mujeres tendidos hacia aquella cruz milagrosa todavía invisible, y cada cual acabó por declarar que también la estaba mirando.

Solo Germana abría mucho los ojos inquieta, porque nada veía y temiendo no estar en perfecto estado de gracia puesto que no más á ella se le reusaba el milagro. Durante este tiempo, á una señal dada por un sacerdote, numerosas voces en coro cantaron:

Creator alme siderum,  
Æterna lux creditum,  
Jesu redemptor omnium,  
Intende votis suplicum. . . .

La niña pálida que había anunciado el milagro cayó medio desvanecida con los ojos cerrados, la boca anhelante y en un estado de postración visible.

—La sagrada aparición ha cesado! gritó con voz convencida la Señora Chapelau de. Demos gracias á Nuestro Señor y pidámosle su bendición. Volvieron á dejarse oír los murmullos de las

plegarias; luego los grupos comenzaron á dispersarse y á poco la meseta quedó solitaria.

Germana y su compañera se habían albergado en la mejor posada de la localidad y se hicieron servir la comida en un rincón de la sala comun. Como de costumbre, la Chapelau de comía con apetito formidable y Germana por el contrario, con aire pensativo y melancólico probaba apenas de los platos.

A los postres y cuando quedaron solos en la sala oscura, Germana dijo en voz baja y mirando fijamente á su compañera:

—Y es verdad que vió usted aparecer la cruz, señora Chapelau de?

—Como usted y como todo el mundo, contestó ella evasivamente.

—Es que yo no vi nada.

—Cuidado con decirlo! exclamó rápidamente su compañera alarmada.

—Por qué no, puesto que así me ha pasado?

—Porque es inútil quebrantar la fe de los fieles que fueron testigos del milagro.

—Pero si se invoca mi testimonio, yo no puedo en conciencia engañar á mi prójimo con una mentira.

—Son mentiras piadosas, replicó la Chapelau de en tono de oráculo.

Cuando se levantaron de la mesa, Germana llamó á la posadera para el arreglo de la cuenta y se admiró mucho al observar que esta mujer charlaba familiarmente con la señora Chapelau de como con una vieja amiga cuyo trato se frecuenta y le preguntaba si le había ido bien desde la última visita. Así pues, en contradicción con sus anteriores afirmaciones, la peregrina había venido antes á Vrecourt; y si mentía en esto era facil que lo mismo mintiera en lo relativo al milagro.

Esa consideración causó á Germana un penoso desencanto; y cuando la Chapelau de le aconsejó permanecer en Vrecourt para asistir otra vez al milagro, ella le respondió que prefería alcanzar la estación de Neufchâteau á pie, para seguir su proyectado viaje. Se despidieron friamente y Germana tomó el camino de la ciudad que solo distaba de allí cinco leguas.

### III

Germana se sentía descorazonada y decaída. La experiencia poco satisfactoria de su primera



Quince días después, el notario llevó a Germana el precio de la venta, que, deducidos los gastos, llegaba á diez mil seiscientos francos que el Señor Ormancey colocó sobre el escritorio. Ni Germana ni la Buena habían visto nunca tanto dinero: al aspecto de las monedas de oro, los billetes azules y las piezas de cinco francos, la madre Aubriot abrió mucho los ojos y enclavijaba las manos; Germana permanecía casi indiferente, alzando al cielo sus miradas, y una leve sonrisa jugaba en sus labios.

—¡Dios mío! gritó la Buena después que salió el notario ¿dónde vamos á esconder tanto dinero? La casa es aislada y ahora que se conocen tus riquezas, vamos á ser el punto de mira de los ladrones y salteadores. Deveras que no estoy tranquila.

Deberías colocar este capital en la casa de un banquero.

—Tranquilízate, contestó la joven con misteriosa sonrisa, ya encontré para esos fondos colocación segura. El buen Dios á cuyo servicio están destinados, velará por ellos y los defenderá contra los ladrones.

La Buena hizo un signo de incredulidad y al fin consiguió que el dinero fuera encerrado en un cajón y cubierto de trapos viejos; pero desde el día siguiente Germana, fiel á sus resoluciones, comenzó á dar al dinero la buena colocación de que había hablado.

Al oscurecer se dirigió á casa de la madre Seurrot en la Fragua Vieja y la encontró más miserable que nunca. El Chino la tenía abandonada y malgastaba sus salarios y los productos de la caza en vedado, sin llevar nada á su pobre madre. Esta, atacada por el reumatismo no podía dejar su lecho y los hijos rodaban hambrientos por cualquier parte. Cuando Germana entró, empezaron las lamentaciones de aquella infeliz.

—Ay! señorita Vincart, desde que no nos vemos me ha perseguido la desgracia. Los niños no tienen que comer y desde ayer no hemos probado nada. Yo esperaba ganar algo buscando setas en el bosque pero la enfermedad me tiene sin movimiento y no me queda más recurso que morir aquí como un perro.

—¿Y su hijo de usted? preguntó Germana con voz opaca. ¿Marcial no viene en ayuda de su familia?

—Marcial. . . . ! hace meses que no pone los pies aquí. Desde que está comprometido con esa loca de Clarisa, no nos dá ni un céntimo. Y los pobres niños. . . . Estoy abandonada, enteramente abandonada como la última de las mujeres! . . . .

—Pero no está usted abandonada del buen Dios replicó Germana, y vea usted cómo yo le traigo esto de su parte.

Al mismo tiempo sacó de su bolsa un puñado de monedas de cinco francos y las puso en el jergón de la Seurrot deslumbrada. La desgraciada mujer abrió desmesuradamente los ojos y frotaba con mano tímida el dinero murmurando:

—Dios mío, Dios mío! ¿Y todo esto es para mí?

—Si: guárdelo usted y compre lo que necesite para usted y para sus hijos, pero no le diga á nadie quien se lo dió.

Mientras que la Seurrot se deshacía en expresiones de gratitud, la jorobada se alejó sintiendo una sorda alegría al pensar que la madre de Marcial había sido el objeto de su primera buena obra.

Desde ese día, todo mendigo que llamaba á la puerta de Germana, obtenía una fuerte limosna y como la noticia de las larguezas de la señorita Vincart corrió naturalmente con rapidéz por toda la comarca, durante tado el invierno los pobres acudieron sin cesar á la casa de Montgerand.

El país, testigo de esta prodigalidad empezaba á murmurar; y Cadet Boucheseiche vivía en perpetua irritación, porque estas limosnas hechas con el valor de la Cude, le parecía que se las tomaban de su propio bolsillo. Cada vez que encontraba á la madre Aubriot le gritaba que Germana se había vuelto loca; y la Buena misma con su espíritu práctico y positivo, se preguntaba si Cadet de Boucheseiche no diría la verdad.

## II

Una mañana de Mayo una mujer de unos cuarenta años, medio burguesa y medio campesina se presentó solicitando hablar con Germana. Aunque llevaba traje laico, el arreglo y color de sus

vestidos tenían algo de austero y de uniforme que le daban un falso aspecto de religiosa. Su sombrero de tela negra avanzaba como una cofia sobre la frente estrecha y no dejaba ver los cabellos; su enagua bajaba en pliegues rígidos y en el corpiño no había más adornos que una cruz de plata colgada de una cinta. Suspendido de la cintura llevaba un rosario. Llevaba los zapatos llenos de polvo como prueba de que había caminado á pié y levantaba una cara ascética y pálida con ojos bajos de donde salían los brillos fugaces de unas pupilas negras y lucientes. Hablaba con tono humilde y dulzarrón.

Buenas ganas habría tenido de despedirla la madre Aubriot, pero llegando á tiempo Germana la hizo entrar y le preguntó el objeto de su visita.

Entonces con voz insinuante y baja como la de una penitente en el confesionario, refirió que venía de muy lejos y que iba peregrinando hacia un lugar donde Dios se manifestaba á los fieles con milagros indiscutibles.

Comunmente se veían cruces luminosas aparecer en las vidrieras de las casas y todos los días los vecinos atraídos á un llano cerca de la aldea podían contemplar igualmente cruces de fuego que surgían de la tierra y se dibujaban en el cielo.

En su parroquia, la peregrina había recibido de lo alto el consejo de visitar aquel milagroso punto y había hecho votos de ir á pié viviendo de las limosnas que recojiera en el camino. Esa mañana le habían hablado de la señorita Vincart como sierva de Dios y caritativa, y venía á solicitar un viático para proseguir su viaje.

Germana, muy interesada por esta historia, no solo le dió una generosa ofrenda sino que quiso

—Sí, declaró resueltamente Germana: quiero ir con usted y hacer como usted el viaje á pié, humildemente, ofreciendo al Señor mis fatigas y mis privaciones.

Esta declaración pareció arrojar una sombra en la pálida faz de la peregrina, que dijo con voz meliflua:

—No, hija mía, la salud de usted es muy delicada para imponerse esa penitencia. No resistiría usted y enfermaría antes de llegar al fin. Por ir con usted, modificaría una parte de mi voto: iría á pié solamente hasta Langres y allí tomaríamos el ferrocarril á Bourmont desde donde solo faltan algunos cuantos kilómetros para llegar á Vrecourt. Y todavía, si quiere usted creerme, no sería malo llevar algún dinero, pues no siempre hay almas piadosas que socorran á una, y á veces hasta llega la ocasión de socorrer.

—Seguiré el consejo y mi viaje no se limitará á Vrecourt que será mi primera jornada.

Por la tarde, cuando regresó la Buena, le anunció Germana la resolución que había tomado y apesar de que puso el grito en el cielo no pudo contrariar el viaje. Germana tomó de su depósito un paquete de billetes de banco que colocó en un saquito suspendido al cuello, encargó á la Buena que depositara el resto en poder del señor Ormancey y le suplicó que cuidara la casa en su ausencia.

La madre Aubriot dijo que este viaje con una desconocida no tenía sentido común, pero todo fué trabajo perdido por que no se la escuchó, y no tuvo más recurso que manifestar su desaprobación con faz adusta y modales violentos. Sin embargo, al día siguiente, cuando Germana estaba ya vestida de viaje y con su maleta en la mano,



albergarla hasta el siguiente día, lo cual aceptó la señora Chapelaude (así se llamaba) sin hacerse del rogar. Durante la comida, y en presencia de la Buena, la conversación giró únicamente sobre las apariciones de cruces milagrosas y sobre ese lugar á donde acudían millares de devotos.

—Betlem—decía en tono profético la señora Chapelaude—era un oscuro caserío, pero el nacimiento de Jesús lo hizo célebre para el mundo. Así pasará con Vrecourt: pronto su nombre será tan glorioso como los de la Saletta, Santa Ana de Auray y Lourdes. Se acudirá de las cinco partes de la tierra. . . .

Desde hacía meses, Germana estaba preocupada con la idea de visitar los principales santuarios afamados por sus virtudes milagrosas, pues le parecía que en estos santos lugares estaría más directa é íntimamente en contacto con Cristo y la Virgen inmaculada.

Desde el remate de sus tierras acariciaba el proyecto de un largo viaje á través de Francia para ir visitando sucesivamente las iglesias cuyas virtudes especiales había oído ponderar: Fourvières, Santa Ana, la Saletta y Lourdes. Así es que cuando oyó que la señora de Chapelaude añadió con exaltación que creía haber oído voces que le ordenaban emprender el viaje, la joven permaneció algunos minutos sumida en honda meditación y luego exclamó como iluminada por una luz interior:

—Señora: quisiera pedir á usted un gran favor.

—Cual, hija mía?

—Que me permitiera usted acompañarla en su peregrinación.

—¡Cómo no! Sería para mí una alegría inefable y un motivo de edificación guiar á usted hacia la aldea testigo de tantos prodigios.

su bravura se fundió como la nieve con el sol y se arrojó al cuello de la jorobadita y le rogó no la privara de noticias suyas.

Las dos viajeras emprendieron el camino cuando el sol matinal teñía de rosa el firmamento. El viento era fresco, la arboleda las envolvía de tiempo en tiempo en una sombra azulada y los pájaros las saludaban con sus canciones de estío.

Cuando pasaban frente á la capilla de Santa Clara, Germana no pudo reprimir un hondo suspiro y dirigiéndose á su compañera le preguntó si no quería unirse con ella en la intención y rezar un rosario por la salud de una alma descarriada y pecadora.

Consintió la señora Chapelaude y á la sordina los *pater* y los *ave* salían alternativamente de sus labios: Cuando terminó el rezo caminaron algún tiempo silenciosas y luego á su turno la peregrina propuso las letanias de la Virgen:

—*Virgo veneranda, Virgo clemens, Virgo fidele* decía la vieja con acento monótono y Germana le contestaba:

—Ora pro nobis, con su voz clara y armoniosa.

Las viajeras atravesaron la colina y empezó á desvanecerse tras ellas el bosque. En la llanura que precede á Langres veían salir del surco á las alondras y lanzarse al cielo azul pálido; y como caminaban con lentitud, tarde llegaron á la ciudad descendiendo en el acto al barrio en que se encuentra la estación. El último tren para Bourmont había partido y por consecuencia tuvieron que alojarse en un hotel cercano y reservar el viaje para la mañana siguiente.

Mientras llegaba la hora de comer volvieron al centro de la población, Germana para orar en la catedral y la Chapelaude para ir á visitar



# PAGINAS DE LA MODA



Traje parisiense de paseo

## LA MUJER

(Continúa)

¿Y el hombre, cómo paga estos sacrificios, estos arranques inmensos del corazón?  
 Nadie ignora cómo: con el desprecio, con la burla, con la indiferencia, con la infidelidad.

La sonrisa del hombre es un velo con que cubre su falsedad.  
 Sus lágrimas son comedia.  
 Sus juramentos y promesas, humo.  
 Si estas son cualidades y no defectos, desde luego protestamos contra ellas, y no las ambicionamos.

Deben de confundirse y llenarse de vergüenza los que reniegan de la Mujer.  
 A esos que por todos los medios quieren deturparla. Quien tal hace, no debe haber conocido madre.  
 Decid, ¿caso el amor de un hombre para con sus hijos es tan tierno y tan inmenso como el de la Mujer que los ha concebido y alimentado en su seno?





iba quedando sola, vinieron á avisarle que la visita había terminado y era necesario salir.

En una obscura capilla de arrabal, levantada á la sombra de la colosal abadía, fué donde Germana pudo orar, confesarse y comulgar en honor de San Miguel. Al cabo de tres días salió del monte, poco edificada al pensar que ese maravilloso cúmulo de edificios no servía más que para satisfacer la vana curiosidad de los mundanos que allí menos aun que en cualquiera otra parte, estaban en aptitud de comunicarse con Dios.

Desilusionada, con la frente abatida y su malletín en la mano iba por el camino de Pontorson, cuando fué sacada de sus meditaciones por una voz gutural que murmuraba:

—Una limosna, á nombre del Arcangel San Miguel!

Levantó la cabeza y vió al lado del camino una campesina bretona que usaba el traje azul claro y la cofia blanca de los alrededores de Doarnenez. Aunque sexagenaria la mendiga tenía una cara alegre y rubicunda y grandes ojos azules muy animados. Tendía su mano hacia la viajera y repetía su plegaria. Germana le dió una moneda de plata y esto le valió las más vivas demostraciones de gratitud; luego como llevaban el mismo camino, entraron en conversación y la bretona informó á la viajera que ella era viuda y visitaba cada año las principales iglesias del litoral, lo cual constituía su modo de ganar la vida, no solo pidiendo caridad sino encargándose de cumplir los votos de las personas piadosas de su país á quienes motivos de salud ó de otra clase impedían ir por sí mismas á encender los cirios ó pagar las misas en determinado santuario.

Interrogada Germana á su vez confesó que había emprendido una larga peregrinación y que intentaba dirigirse á Santa Ana d'Auray.

—Yo también voy allá, dijo la mendiga que se llamaba Yvona Quemenech, pero antes necesito detenerme en Guingamp, San Pol, Quimperlé y la fuente Scaër para cumplir varias comisiones que me han sido dadas por mis clientes. Si me quiere usted creer, le conviene visitar esos lugares pues las oraciones que rece usted en ellos y las velas que encienda le producirán indulgencias y gracias especiales y verá usted además que nuestras iglesias bretonas valen más que ese Monte de San Miguel visitado solo por gente vacía y pagana.

Aunque su primera expedición con la Chape-laude había puesto á Germana en desconfianza se dejó sin embargo tentar porque el aspecto jovial de Yvona le era grato y predisponía en favor suyo su fisonomía abierta y franca. Se convino pues en que Yvona le serviría de guía, y que en compensación Germana costearía los gastos del viaje.

En efecto, por el camino, así como en las estaciones piadosas que iban haciendo, Germana no tuvo motivos mas que para estar complacida de su compañera. A veces viajaban en ferrocarril, á veces á pie, y el buen humor y las complacencias de Yvona, aligeraban los pequeños inconvenientes del camino. En las parroquias de León y de la Cornouville, donde casi no se habla mas que breton, la guía servía de intérprete, conocía las posadas buenas donde daban asistencia á precios bajos, y enseñaba á su compañera todas las iglesias notables de aquel devoto país.

(Continuará.)

peregrinación, le había introducido en el espíritu la confusión y casi vacilaba en su resolución de continuar el viaje. En la sala de espera de la estación de Nenfchateau, vió un aviso en que se ostentaba una prodigiosa pirámide de torres y naves de iglesia superpuestas, alzándose sobre una roca aislada en medio de un mar encrespado.

Abajo se leía en gruesos caracteres.

*Peregrinación barata al monte de San Miguel.*

El grandioso y atractivo paisaje del anuncio la entusiasmó, y encontró como una indicación providencial en él, resolviéndose á visitar ese monte de San Miguel del cual había oído hablar como de un santuario de elección. Esa misma tarde tomó pasaje para París, viajó toda la noche; cruzó la Capital sin detenerse y subió en la estación de Montparnasse á un tren matinal que al caer la tarde de ese día, la dejó en la estación de Pontorson.

Cuando llegó á la extremidad del malecón ya había anochecido; y la luna que acababa de salir, arrojaba sobre la mar y las arenas luces fosforescentes. Entre esta indecisa claridad lunar, la masa imponente del monte se recortaba en negro con sus construcciones, sus torres, su vasto Monasterio, su *Merveille* y su iglesia aerea.

Subyugada por piadosa admiración, Germana se arrodilló devotamente y dió gracias al cielo por haberla guiado sin obstáculos hasta ese venerable santuario levantado bajo la inspiración del Arcangel San Miguel, y luego penetró en el recinto.

Como las posadas estaban llenas, le costó gran trabajo encontrar alojamiento en una de ellas; se la hizo comer en la esquina de una mesa y se la condujo á una celda donde creyó que al fin podría recojerse y reposar, pero había contado sin los huéspedes bulliciosos del hotel: durante una gran parte de la noche, la pobre viajera estuvo despierta y medrosa á causa de los cantos profanos y las risas escandalosas.

Fué peor al día siguiente, pues para llegar hasta la iglesia, tuvo que mezclarse con la multitud de turistas que se introducían por grupos en las torres, las escaleras y los claustros. Estos viajeros llegaban allí como simples curiosos, llenaban la abadía con su regocijo vulgar; y sus conversaciones mal sonantes fueron objeto de escándalo para Germana, pues ni un momento la dejaron en oportunidad de recojerse y orar. En la cripta misma, no pudo aprovechar ningún minuto de calma ni arrodillarse delante de la Virgen. Un continuo vaiven de guías y de excursionistas, turbaba con su ruido las santas bóvedas, y cuando al caer la tarde se regocijaba de que ya se





Es de terciopelo azul y se cierra en un cuello de raso.  
Hay una hermosa capota que cortada en forma de media muce-  
ta, cae sobre los hombros. Es de satín acordonado con ribetes de seda.

TOILETTE DE VISITA PARA SEÑORITA.

Este traje simula una toilette princesa, pero es de un corte severi-  
simo; el cuerpo con delantero y espalda drapeados, entra bajo un cin-  
turon perfectamente unido; este cinturón se drapea de cada lado por  
detrás y se cierra en medio de la espalda. La falda es de amplísimo  
vuelo y cauda formada con siete pliegues elegantes. El cuerpo dra-  
peado se cierra bajo el brazo derecho, manga de una sola pieza. Cuel-  
lo recto con corbata de tul rosa rey. Sombrero de paja negra guar-  
necido de rosas con follaje.

TRAJES DE PASEO.

Ofrecemos un heruoso modelo para traje de verano, y propio para  
paseo. Es de paño gris rayado y de hechura severa. Jacquet fantasia.

TOILETTE DE PASEO.

Traje estilo sastre, de paño gris, compuesto de una falda de medio  
vuelo y media falda.

Jacquet rígido, cerrado por tres botones de fantasia que tienen su  
pendant. Solapas triangulares con aplicación de seda.

TRAJES DE PRIMAVERA PARA SEÑORAS Y NIÑAS.

Damos un modelo muy elegante de traje para matrona, estilo prin-  
cesa, de seda, figura matiz y verde claro, tirando a amarillo. El fren-  
te se abre con plenitud con un tablero obscuro de tafetán verde oro  
con un ribete del mismo tafetán carujado que baja a lo largo de la  
bata, gira en el cuello y borda en el centro del frente. De este esca-  
pa un cinturón negro de suprema elegancia.

El traje de la niña es de escocés de seda blanco y negro. Blusa  
suelta y cuello volteado, de lino, con adorno de blonda.

TRAJES DE CALLE PARA PRIMAVERA.

Figuras 1 2 3 y 4.—El número 1.—Es un redingote elegantísimo, he-  
cho de paño muy delgado, tabaco claro, sin más adorno que varias  
tiras de bordado, paralelas. Abrese sobre un tablero de satín, vol-  
viéndose las solapas dobladas de seda graciosamente y levantándose  
hacia atrás en cuello de forma florentina.

El número 2.—Es un traje sastre de paño Oxford mezclilla de blan-  
co y negro, sin más adorno que alamares gusanillo de seda.

En cuanto a los modelos para niñas el 3 es un bolero de seda acor-  
donada abierto sobre un cuerpo lleno de muselina de seda acor-  
donada y falda de gajos, del mejor efecto, y el 4, es un sencillo jacquet  
de sobria y elegante forma.



TRAJE DE CASA PARA SEÑORA Y NIÑA



TRAJES DE CALLE PARA PRIMAVERA



Decid, ¿quién es aquel que enamorado no haya sentido en su pecho nacer la santa inspiración?

Orfeo hacía vibrar las cuerdas de su cítara más dulces que los zéfiros, solo por Euridice.

El Dante, por Beatriz, se sintió poeta, y cantando nuestro infierno legó su nombre á las futuras generaciones, quienes jamás lo olvidarán.

Y el Petrarca, ¿por quién se inmortalizó sino por Laura de Noves, esposa de Hugues de Sade?

Los pinceles de Rafael jamás fueron tan delicados como cuando se hallaba frente á frente de la Fornarina.

¿Y á quien debe Murillo su gloria sino á Blanca?

Por Teresa hizo Espronceda resonar su lira, tan armoniosa como el canto del querube.

Y así mil y mil génius lo han sido nada mas que por la Mujer.

¿Y qué decimos?

¿Tú mismo, Adolfo Isaac, no eres una prueba de ello?

¿No es una Mujer—que para ti llamaré ANGEL DESCONOCIDO—quien ha inspirado tus obras?

¿No son por ella y para ella, tu alma, tu vida y tu pensamiento?

La Mujer ha sido siempre la fuente de todas las acciones heroicas.

Judith de Betulia. Arthemisa de Halicarnaso y Juana d'Arc y Arria esposa de Poetus, son ejemplos imperecederos de lo que vale la Mujer en este punto.

Como Mujeres de sentimiento, la historia nos enseña á Safo, á Lucrecia, á Corina, á Arthemisa, reina de Caria, á Mad. Staël, á Mad. Cottin.

La Mujer, repetimos, ha sido criada para hacer la felicidad del hombre sobre la tierra.

Y no ha faltado, sin embargo, quien haya escrito contra ella.

El inmortal Lope de Vega, Carpio, llamado el Fénix de los Ingenios, la consideraba como una espada de dos filos al escribir el siguiente soneto:



TOILETTE DE VISITA

«Es la mujer del hombre lo más bueno; Es la mujer del hombre lo más malo; Su vida suele ser, y su regalo; Su muerte suele ser, y su veneno.

Es vaso de bondad y de virtud lleno; A un áspid libio su ponzoña igualo; Por bueno al mundo su valor señalo; Por falso al mundo su valor condeno.

Ella nos dá su sangre, ella nos cria; No ha hecho el Cielo cosa más ingrata; Es un ángel, y á veces una arpía. Tan pronto tiene amor, como maltrata: Es la mujer, en fin, como sangría, Que á veces dá salud, y á veces mata.»

Y Espronceda decía también en su poema del *Diablo Mundo*:

«La mujer y las flores Son parecidas; Mucha gala á los ojos Y al tacto espinas.»

Perdón pedimos á estos caballeros si nos atrevemos á decir que tenían poca filosofía, y que solo por una reprensible rutina trataban de zaherir al mas hermoso, al más bello y al mas delicado de los seres creados.

Decir que la Mujer es del hombre lo más bueno, es un hecho incontrovertible; pero decir que «es la Mujer del hombre lo más malo,» no pasamos á creerlo.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

TRAJE PARISIENS DE PASEO.

Los trajes de paño claros, prometen mucha boga en este verano.

Generalmente se buscan paños especiales que son excesivamente ligeros y que sin embargo, abrigan lo necesario en estas noches frescas que suceden regularmente á las tardes lluviosas. El modelo que ofrecemos hoy á nuestros lectores, está hecho de cachemira azul. La falda está cortada de manera que dá el efecto más completo de una doble falda.

Está bordada en el frente y al rédedor de la falda por bandas de paño obscuro. La espalda y los lados están arreglados de manera que finjan una polonesa abierta, ribeteada con una línea caprichosa que forma cadenas.

El cuerpo se abre graciosamente en ovalo sobre peto que forma ruche de muselina deseda blanca.



TRAJE DE PASEO



TOILETTE DE PASEO





A. SCHMIDT Y CO.

COMISIONISTAS IMPORTADORES

— LAREDO TEXAS Y MEXICO —

1ª Calle de San Francisco No. 14, altos

APARTADO CORREO NUMERO 618

— REPRESENTANTE GENERAL DE LA CASA —

Roskam, Gerstley y Co.

— PHILADELPHIA —

FABRICANTES

DEL REY DE LOS WHISKIES

MARCAS DEPOSITADAS

*Monogram*

*Old Saratoga*

*Faust Own 1868.*



Para pedidos al por mayor dirigirse á

**A. SCHMIDT Y COMPAÑIA.**

— Primera de San Francisco Número 14. —

En las principales Cantinas y Almacenes de Abarrotes se venden nuestros WHISKIES

**Depósitos:**

“La Fama Italiana.” Remolina y Echeverria. Esquina de San Francisco y Vergara.

“El Congreso Americano.” Keffe Bros. Esquina Betlemitas y Primera San Francisco.

PUEBLA: W. E. Spooner.

DURANGO: Benson y Swank.

MONTERREY: Hellion y Carpanell. (Hotel Iturbide).

